

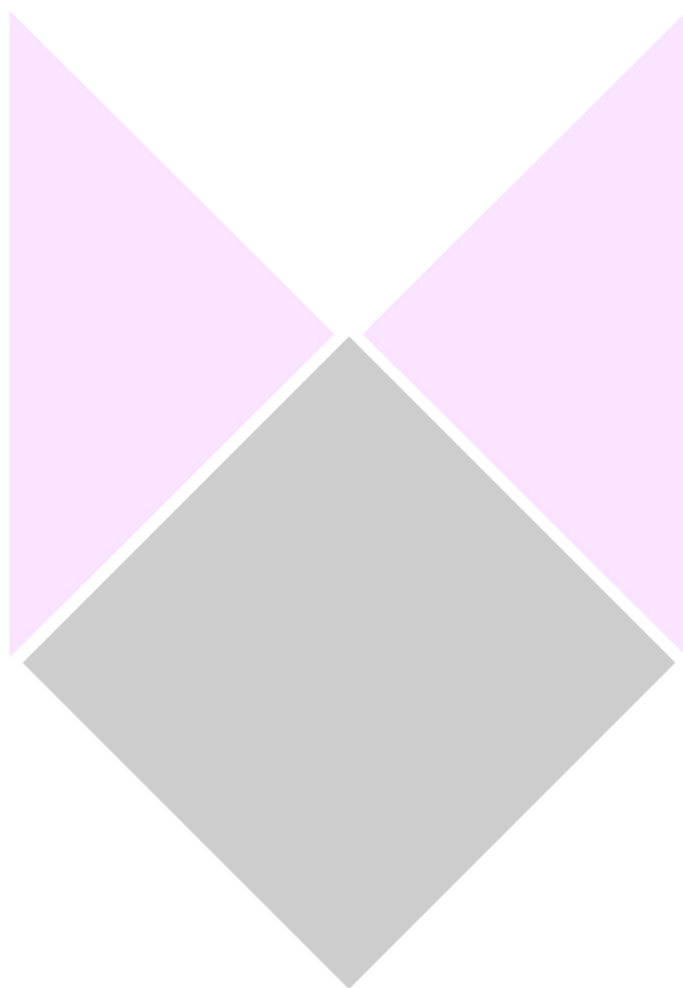
CAMINANDO EN LA OSCURIDAD

OSCURO

1

OSCURO REVERSE

33



CAMINANDO EN LA OSCURIDAD

OSCURO

Suena el teléfono.

Salgo corriendo de la habitación hacia el pasillo. Mi padre está sentado en el sofá, viendo algún estúpido programa de la tele. Es lo único que hace desde que mi madre nos abandonó, y de eso hace ya tanto tiempo que ni siquiera le recuerdo. Mi hermano hace mucho que no pasa una noche en casa. Ahora vive en el otro lado de la ciudad, en un pequeño apartamento, y se paga la carrera trabajando en un Mc Donald's. En algún momento de lucidez mi padre pregunta por él, pero rara vez intercambiamos más de dos palabras a lo largo del día. Yo también tengo mis planes, trabajo de camarera en un café cerca de casa y todo lo que consigo lo voy ahorrando para salir de casa cuanto antes. A pesar de las quejas de Marta, mi mejor amiga, que piensa que podría emplear el dinero en salir de fiesta o renovar mi vestuario.

Descuelgo el teléfono. Hablando de la reina de Roma.

– ¿Sales esta noche?

– ¿Tengo elección?

– Genial, paso a recogerte a las diez. Voy a prepararme.

Como siempre, directa e hiperactiva. Ni siquiera me ha comentado a donde vamos, pero bueno, así es Marta, ya estoy acostumbrada, llevamos juntas desde el colegio. Cuando la necesito sé que puedo contar con ella. Al colgar el teléfono siento el olor a cigarrillo mezclado con el olor a comida podrida que desprende la basura, mi padre ha vuelto a fumar y se ha olvidado de sacar la basura. Suspiro mientras cierro la bolsa y recorro la cocina camino de la puerta de entrada. Con cuidado de que no gotee, la dejo en el descansillo que compartimos con una joven pareja, el sensor de movimiento reacciona y la luz se enciende automáticamente. Cierro la puerta sin hacer ruido y mientras recorro el pasillo, repaso mentalmente todo lo que tengo que hacer mañana.

Vuelvo a mi habitación y abro el armario. No hay gran cosa salvo un par de pantalones, camisetas y el uniforme de trabajo. Cojo unos vaqueros ajustados y una camisa, la ropa interior y entro al baño. Cierro el pestillo antes de empezar a desnudarme para entrar a la ducha.

El conjunto no queda mal, evalúo mientras doy vueltas al lado del espejo. A modo de cinturón me coloco una cadena de oro, regalo de mi difunta abuela, y paso a maquillarme la cara. No es que sea algo que me entusiasme, pero Marta siempre insiste en que me veo mejor maquillada y no me apetece escuchar su sermón sobre mi falta de interés por los chicos. Observo mi reflejo en el espejo. Mi piel rosada está salpicada por un par de lunares en las mejillas. El pelo negro, mojado, cae sobre mis hombros. Lo más rápido será secarlo y dejarlo como quede. Llevaré un coletero en la muñeca por si acaso se convierte en una maraña de pelo incontrolable. Mientras termino de hacerme la raya, unos ojos verdes me observan a través del espejo, la única herencia de mi madre. Devuelvo el maquillaje al cajón de debajo del lavabo y tiro la toalla en el cesto que hay justo al lado, junto a la pared.

Bajo corriendo las escaleras intentado no caerme. El año pasado Marta me regaló unos tacones y desde entonces estoy obligada a ponérmelos cada vez que salimos. A pesar de todo aún no me he acostumbrado a verme diez centímetros más alta de lo normal. Pero a mi queridísima mejor amiga le encanta que estemos a la misma altura. No es que sea bajita, ambas medimos casi lo mismo, lo que cualquier chico de nuestra edad consideraría normal, pero tengo la teoría de que sus tacones podrían llamarse zancos gigantes.

Su conjunto es mucho mejor que el mío. Lleva una minifalda rosa y una camiseta con escote que

define y muestra sus curvas más de lo que yo estaría dispuesta a enseñar. Se ha recogido su melena rubia hacia atrás con una diadema y, como siempre, lleva las muñecas y el cuello lleno de accesorios y cadenas con diminutas figuras.

– Es mejorable - dice mientras me mira de arriba a abajo.

– Bueno, me vuelvo a casa, que tengo mucho que estudiar – la reto dándome la vuelta hacia la puerta del portal que se acaba de cerrar.

– No, no, está bien, vámonos - Me coge del brazo y comenzamos a bajar la calle. Está atardeciendo y no hay mucha gente. El ruido de nuestros tacones acompasados es tapado por el de algún coche de vez en cuando pero no hay mucho movimiento en esta zona de la ciudad. Es un barrio tranquilo en el que nunca pasa nada, a veces algún gamberro rompe la bombilla de una farola con una piedra o de madrugada se escucha el ruido de una carrera de coches ilegal, pero nada fuera de lo normal.

– ¿A dónde vamos? - no sé si quiero saber la respuesta, pero sé que ella está deseando dárme la.

– A un sitio nuevo - responde, mientras se le dibuja una sonrisa en la cara. - Me han hablado muy bien de él, dicen que solo hay chicos guapos y es un sitio bastante exclusivo - suspiro, podría ser peor - a ver si aquí conseguimos encontrar a alguno que cumpla con tus requisitos.

Miro hacia otro lado y no respondo. Eso nos llevaría a una interminable conversación sobre mis gustos, el trabajo... y estoy demasiado cansada de ese tema. No es que no me gusten los chicos, simplemente aún no he salido con ninguno, y para Marta, tener casi dieciocho años y no haber hecho nada es una total pérdida de tiempo. Y lo mismo opina de trabajar, pero es una diferencia de punto de vista. Ella lo ve todo desde la perspectiva de llevar una vida normal y tranquila, y sabe que mi vida no lo es, pero así quiere creerlo y convencerme a mí de que también lo es.

Hemos girado tantas veces que ya no estoy segura de donde estamos exactamente. En la otra acera hay una gran explanada, seguramente con la idea de edificar algo así que debemos estar en las afueras o en algún polígono cercano al barrio. Al final de la calle hay una pequeña nave industrial con los cristales tintados, y mi intuición me advierte de que es nuestro destino.

Según nos vamos acercando va apareciendo gente, en su mayoría chicos que nos saludan con una sonrisa. Marta está aún más emocionada que antes, “la mercancía es de una calidad excelente”. Simulo una sonrisa en respuesta a su entusiasmo pero no me gusta, todos tienen un aura negra, pero claro, ella no puede verlo.

Dudo que alguien pueda. Mi abuela me hizo prometer cuando era pequeña que no se lo contaría a nadie. Por aquel entonces no entendía la razón, pero ahora sí. Me contaba historias sobre ángeles que habían sido expulsados del cielo y quedaban atrapados en la tierra. Visto con detenimiento, su aura negra comienza a la altura de los hombros y baja hasta sus pies, como una capa, como unas alas encogidas. Pero está claro que sólo eran cuentos de hadas. Aunque eso también explicaría por qué todos son chicos y peligrosamente atractivos. Pero los ángeles son buenos, ellos no.

Hace tiempo me acerqué a uno. Me llevó hasta un callejón e intentó... Alejo ese recuerdo de mi mente, cuando vio la cadena de oro salió corriendo y no le volví a ver. De ahí logré deducir dos cosas, ángeles, demonios... lo que quiera que sean, no les gusta el oro, y se valen de su físico para atraer a las chicas y dañarlas.

Marta no sabe nada de todo esto y siempre que salimos termina bailando con algún chico oscuro, como me gusta llamarlos. Pero ya estoy yo para alejarle. En parte por eso salgo con ella, no quiero que le hagan daño. A pesar de mi insistencia, no he conseguido que lleve nada de oro, según ella no va a juego con su tono de piel y la plata es más barata y está de moda.

Ya estamos en la puerta, y no quiero entrar, pero advertirle a Marta de que hasta el de seguridad es un hombre oscuro no me va a servir de nada. Al parecer “hay una fiesta privada, pero hay sitio

para dos chicas tan guapas como nosotras”. Fulmino al portero con la mirada mientras entramos.

– Sara, esto es increíble - nunca juzgues un edificio por su fachada. Dentro hay sofás, luces, una barra de cristal, y al otro lado un collage de botellas colocadas sobre estanterías de espejos. La pista de baile está llena de gente. Sin duda es la mejor discoteca de la ciudad. Antes de que pueda reaccionar Marta ya ha bajado corriendo las escaleras y se ha mezclado entre la gente.

Me he quedado embobada demasiado tiempo, o quizá no... Al mirar hacia atrás veo como el portero está cerrando las puertas con una cadena y se cuelga las llaves del candado en el cinturón. Cada vez me da más mala espina todo.

Paso entre la gente intentando llegar a la barra, donde seguramente encuentre a Marta ordenando algo de beber. Mientras atravieso la pista me doy cuenta, todos son chicos oscuros. Puede que la luz me esté engañando pero mi instinto de supervivencia lleva en estado de alerta desde que hemos entrado.

Marta está hablando con un chico en la barra.

– Mira, nos han invitado - dice, mientras me pasa un vaso con coca cola y me guiña un ojo. Sabe que no me gusta beber alcohol, ni siquiera me gustan demasiado las bebidas con gas, pero por una noche a la semana no me importa hacer una excepción.

Antes de que pueda replicar se marcha con su acompañante a bailar. Me apoyo en la barra y observo meticulosamente la escena. El edificio no tiene salida de emergencia, tampoco hay otras puertas a la vista. Las ventanas, pintadas de negro, dudo que se puedan abrir y están en la zona vip. Allí solo hay un chico, sentado, rodeado de mujeres con más piel al descubierto que tapada. Sus ojos negros se encuentran con los míos y un escalofrío recorre mi espalda. Definitivamente, tengo que conseguir las llaves y sacar a Marta de allí. Aparto la mirada de sus ojos y empiezo a avanzar hacia el portero. Es un hombre grande, alto, y sus gafas de sol le dan un aire aún más amenazador que su figura musculada. A pesar de estar en la sombra puedo ver como sonrío mientras observa la fiesta. Me quito un par de botones de la camisa, dejando que los bordes del sujetador se intuyan levemente. Me acerco con una sonrisa y la copa en la mano.

– ¿Qué hace un chico tan guapo aquí? - la sonrisa se borra rápidamente de su cara y busca con la mirada la zona vip del local -. Vamos, relájate - intento sonar lo más sugerente posible y me acerco a él. Al ver que en la zona vip no se han percatado de mi numerito, se relaja y me coge de la cintura, atrayéndome hacia él. Aprovecho ese momento para apoyar mis manos en su cintura -. Hey, hey, tranquilidad - en un segundo he abierto el mosquetón. Ya tengo las llaves y él parece no haberse dado cuenta. Doy un paso hacia atrás, sonrío y vuelvo hacia la pista de baile sin decir nada.

No miro atrás. Me concentro en encontrar a Marta. Todas las chicas parecen hipnotizadas mirando a sus parejas y bailando sin parar. Al final, me abro paso entre la gente a codazos y llego hasta ella. El corazón me late tan rápido que siento que se me va a salir del pecho, nunca había hecho algo como esto, ni siquiera sé lo que estoy haciendo, pero necesito poner a Marta a salvo, es lo único en lo que soy capaz de pensar. Le agarro por la muñeca.

– Tenemos que salir de aquí - le empujo hacia mí, pero ella se queda en el sitio y suelta mi mano.

– ¿Qué estás haciendo Sara? Acabamos de llegar – replica.

– No hay tiempo, vamos - intento cogerle de la mano pero un brazo se interpone. Ya me había olvidado del chico.

– No se quiere ir ¿Algún problema? - no quiero llamar la atención, así que intento calmarme.

– Vamos Marta, no me encuentro bien, este sitio es asfixiante, podemos volver otro día.

– Ya te he dicho que no se quiere ir.

– No estoy hablando contigo - la situación me está empezando a cabrear. Marta no es la misma, ni

siquiera me está mirando cuando hablo, está... embobada con el chico. Quizá le haya echado algo a la bebida. Por un segundo se cruza en mi mente la idea de tirarle la coca cola a la cara, pero eso sin duda atraería al portero.

– ¿Hay algún problema? - una voz suena desde atrás, y en cuanto me doy la vuelta veo que es demasiado tarde. El de seguridad está justo detrás de mí.

– No, no pasa nada - dice el chico y agarra a Marta para volver a bailar.

– Si es tan amable de acompañarme - antes de que pueda replicar me agarra del brazo y me arrastra hacia la zona vip atravesando la pista de baile.

Intento calmarme y pensar. Tendría que tirar las llaves, al menos así no podrían acusarme de haberlas robado, pero entonces jamás saldríamos de la discoteca. Aunque quizá nos echase por tenerlas, no sé por qué pero creo que esa es la opción menos probable. En la zona vip el chico de ojos negros susurra algo al oído de las chicas y se marchan. Viste un traje negro con una camisa oscura que las luces convierten en destellos morados.

– Buen trabajo Hugo, ya te puedes ir - ahora sí que me he quedado sola. Y sé que correr no me va a servir de nada porque el portero sigue estando allí, a unos metros de distancia, y no puedo irme sin Marta. - Siéntate aquí - apoya la mano a su lado. Su voz parece amable, tranquila, pero hay algo más... oscuro en ella. Obedezco y miro al frente. Se me da muy mal mentir cuando miro a los ojos de la gente. - Bueno, empecemos como es debido, me llamo Daniel, pero puedes llamarme Dani - silencio. Se acerca a mí y me susurra al oído - ahora te toca a ti querida - siento su aliento en mi mejilla y mi corazón se detiene para volverse acelerar.

– Sara.

– Bueno, Sara, ¿te gustan las adivinanzas? - apoya su mano en mi pierna, y me giro. Ahora estamos frente a frente, pero al menos así evito el contacto físico. ¿A qué viene todo este jueguito? ¿Está intentando ligar conmigo? Es posible que no se hayan dado cuenta de las llaves, así que entonces lo mejor será terminar la conversación cuanto antes. Mis pensamientos van a mil por hora trazando planes de huida.

– Si - estoy hablando tan bajo que casi no me escucho a mí misma.

– Bien, perfecto. Entonces, ¿qué te parece si jugamos? ¿Me dejas empezar?

– Sí, claro - tengo que concentrarme en respirar, pronto acabará todo.

– ¿Qué tienes en el bolsillo? - por primera vez levanto la vista del suelo y le miro. Sonríe, divertido. Pero sus ojos me amenazan tras su flequillo. Tengo que inventar una excusa.

– Las llaves de casa - respondo rápidamente y desvío la mirada hacia donde está Marta.

– ¿Me dejas verlas? - su mano vuelve a posarse en mi pierna y esta vez sube hasta el bolsillo del pantalón. Cada vez estoy más nerviosa. Sobre sus hombros se mueven unas alas negras como si intentasen abrirse, es la primera vez que puedo verlas tan claramente y sin duda, son de verdad. Sus ojos son tan profundos como la oscuridad. Miro al suelo. - Hugo es demasiado tonto, pero soy el dueño del lugar, y no se me escapa nada - quita la mano de mi pierna y se recuesta en el sofá. - En verdad, ya me había fijado en ti desde que has entrado. Actuabas de un modo extraño, como si pudieses ver... algo.

– No sé de qué estás hablando - levanto la vista y hago frente a su mirada.

– Yo creo que si - se inclina hacia mí y sonríe. - Cualquier persona normal ya estaría haciendo lo que le pido.

– Pues entonces no seré normal.

– Eso sin duda - sonríe - ¿qué eres?

– ¿Seguimos con las adivinanzas? - ya estoy más tranquila, mirarle a los ojos me llena de paz y miedo a la vez, pero por alguna razón incluso su olor, me tranquiliza. Deja escapar una risa de entre sus labios.

– Bueno, sigues siendo humana al fin y al cabo - por un momento parece que ha perdido el interés,

se vuelve a recostar en el sofá mirando hacia la pista de baile y le imito, manteniendo una distancia prudencial. Busco la cadena con la mano. - Bonita cadena - me estaba mirando, habría jurado que no me miraba, pero ahora sus ojos no se apartan de mí. Es como si intentase leer mis pensamientos y yo fuese incapaz de dejar de mirarle, todos mis sentidos le buscan mientras mi cerebro lucha por resistirse. - Es raro ver a una chica con algo de oro, ahora se lleva más la plata.

- Es un regalo y me gusta - la idea de marcharme intenta abrirse paso entre un montón de nuevas ideas que recorren mi mente sin permiso y sin razón aparente.

- Algo me dice que no te la quitarías ni aunque te lo pidiese.

- Bueno, no tiendo a hacer lo que me dice un desconocido.

- Lo harías si fueses normal. Eso y mucho más. Pero parece que eres capaz de resistirte a mí.

- La gente es algo más que una cara bonita - el corazón se me ha vuelto a acelerar. No soy capaz de apartar mis ojos de él. Una parte de mi lucha por escapar pero cada vez tengo más ganas de pasar la noche con él en el sofá y ni siquiera entiendo por qué.

- Creo que yo no soy gente para ti - aparto la mirada. Tengo que salir de aquí. Empiezo a deslizar la cadena con los dedos, sacándola del cinturón - Ni yo ni ninguno de los chicos que estamos aquí ¿me equivoco? Por eso has robado las llaves.

- Yo no he robado nada - Alzo un poco la voz. Si la música no estuviese tan alta estoy segura de que cualquiera podría escuchar los latidos de mi corazón.

- ¿Quieres que haga que Hugo te registre? - vuelvo a desviar la mirada. - Ya me parecía, aunque si quieres, puedo hacerlo yo - sonrío y se inclina hacia mí.

- No quiero que lo hagáis ninguno de los dos - no me atrevo a tocarle, me deslizo hasta el borde del sofá. Ya casi está suelta toda la cadena.

- Pues devuélvemelas.

Su mano va derecha hacia mi bolsillo. Rápidamente le enrollo la cadena alrededor de la muñeca y me siento encima de él para inmovilizarle. Además, así Hugo no ve lo que estamos haciendo. Bueno, lo que estoy haciendo. La cara de Dani se ha convertido en una mueca de dolor, y su mirada me fulmina mientras intenta liberar su otra mano de mi rodilla. La cadena es lo suficientemente larga como para poder pasársela por el cuello. Y al hacerlo me doy cuenta de que le está quemando la piel. Cuando la cadena roza su garganta suelta un grito que la música convierte en susurro.

- Basta ¿qué quieres? - casi no se le entiende. Estoy tan nerviosa que aprieto más la cadena. Esta vez no grita, solo se retuerce de dolor y aprieta los dientes.

- Lo siento - no sé porqué me disculpo. Dejo de tirar de la cadena -. Quiero salir de aquí y Marta también - tiene la piel de la garganta en carne viva.

- No.

- Entonces seguiré apretando - hago un amago de volver a tensar la cadena.

- Eso no es un trato justo, querida. Podría haberte matado hace rato, incluso puedo hacerlo ahora - vuelve a sonreír. Cuanto me gustaría borrar esa estúpida sonrisa de su cara, pero estoy aterrada, de alguna forma sé que lo que dice es cierto - pero la perspectiva de tenerte encima era tentadora - libera su mano de mi rodilla y me coge de la cintura, echa todo su peso sobre mí, obligándome a tumbarme sobre el sofá, con él encima. La cadena le sigue quemando, pero parece no sentir el dolor. - Así que, ¿qué te parece si hacemos un trato? Te dejaré salir si me cuentas tu secreto.

- Vale - casi no puedo respirar. Se incorpora y se desata la cadena. La recojo y me la pongo en el cuello. - Yo... puedo ver un... aura negra sobre algunas personas -suspiro- Mi abuela me contó que eran ángeles y que no les gusta el oro - deja escapar una carcajada.

- Vaya, ángeles... es una historia interesante - mira el techo pensativo -. Puedes irte, espera que le digo a Hugo que te acompañe - le hace una señal con la mano y el portero viene hacia nosotros.

- Iré a buscar a Marta - antes de que pueda dar un paso se levanta y me coge del brazo.

- El trato era que te dejaría salir a ti. No dije nada de tu amiga - no puedo creer que haya sido tan

estúpida. Estaba tan asustada, excitada por el momento, que he caído en el truco más viejo del mundo. Me vuelvo a sentar y apoyo la cabeza entre mis manos. Me restriego los ojos, necesito pensar, y la música y el humo me distraen. Noto como se sienta a mi lado.

– Quiero hacer otro trato - digo sin despegar la mirada del suelo.

– No creo que sea posible.

– ¿Por qué? ¿Qué más da que nos vayamos las dos? - levanto la mirada para enfrentarme a él- Hay un montón de chicas aquí, puedo... darte dinero o trabajar aquí gratis - su mirada es tan fría que no puedo sostenerla más de un segundo.

– Una vida solo se puede pagar con otra - repito esa frase en mi mente, no sé si quiero entender lo que significa. No puedo abandonar a Marta, estamos aquí por ella pero no podría perdonarme el abandonarla y menos si...

– Entonces solo se irá ella – resuelvo. Dani se inclina hacia delante, apoyando los codos sobre los muslos y cierra los ojos, en una postura similar a la que estaba yo antes.

– No me gusta romper tratos. Y tú eres mucho más valiosa que ella - añade mientras gira su sonriente rostro para mirarme. Esta vez sus ojos no me parecen tan crueles.

– Pues déjanos salir a las dos.

– No puedo.

– ¿No quieres o no puedes? - si las miradas matasen creo que ahora mismo estaría muerta. Dani se levanta y estira las piernas. Hasta ahora no me había dado cuenta de que las heridas se le han curado, no hay ni rastro de las quemaduras.

– Su vida por la tuya – dice al fin, a la vez que se sienta. El corazón se me detiene, pero estoy dispuesta. Mi vida no es gran cosa, puede que sea un regalo perderla. - Podéis marcharos, cuando te necesite, te buscaré - acabo de perderme, ni siquiera sé que ha pasado, pero ha hablado en plural, lo repito mentalmente.

– No...no lo entiendo - ¿se acaba de contradecir o en verdad nos va a dejar marchar?

– Os iréis las dos, pero tu vida me pertenece. Ahora no se me ocurre nada que necesite de ti, cuando lo tenga, cumplirás el trato - sopeso mis posibilidades. Entre salir viva de allí y morir, prefiero la primera.

– De acuerdo, te doy mi móvil y...

– No hace falta – me corta. Se inclina sobre mi cara y susurra - Puedo encontrarte en cualquier lugar, así que espero que no se te ocurra hacer ninguna tontería.

– No se lo diré a nadie - me apresuro a contestar y me pongo de pie. Sonríe y mira detrás de mí. Hugo espera. Dani le lanza las llaves. Ya no están en mi bolsillo ¿cuándo me las ha quitado? Ni siquiera me he dado cuenta.

– Las señoritas se marchan. Acompáñales a la salida.

Marta hace lo imposible por quedarse. Pero después de que Hugo tenga unas palabras con el chico, este se disculpa y se marcha a bailar con otra chica. Salimos al frío de la noche después de que Hugo quite la cadena. Marta ni siquiera se da cuenta, sigue mirando la pista de baile hasta que las puertas se cierran tras nosotras. No me dirige la palabra, lo más probable es que hagamos todo el camino de vuelta en silencio y mañana me llame para que le cuente lo que ha pasado. De momento, vuelvo la vista atrás e imagino esos ojos con los que me volveré a encontrar.



Ha pasado un mes desde aquella noche, y desde entonces la misma pesadilla se repite todas las noches en mis sueños.

Camino, sola. Los edificios grises que se alzan a mis lados están desdibujados, en ruinas. Siento una presencia detrás de mí y echo a correr. Una sombra negra se alza en el cielo tapando la grisácea luz del sol, y cae en picado hacia mí. Intento esquivarlo, pero no puedo moverme. Unas alas negras me envuelven y lo último que veo antes de despertar son un par de ojos negros.

Imagino que no es más que la ilusión de que Dani me vigila y estoy en peligro. Pero desde entonces no le he vuelto a ver. Marta ya lo ha olvidado y como estamos con los exámenes nuestras salidas nocturnas son a la biblioteca. Sin embargo yo soy incapaz de dejar de pensar en Dani, en cómo será nuestro próximo, y seguramente último, encuentro. No puedo sacar de mi cabeza cada palabra de la conversación que tuvimos aquella noche y cada vez que le recuerdo mi corazón se acelera.

Esta tarde la cafetería está bastante concurrida, y mi jefe ha tenido la genial idea de llamarme solo a mí. Hace escasos minutos que ha llamado a una de mis compañeras, pero eso no va a arreglar el jaleo que hay ahora mismo. Patino entre las mesas, sorteando bolsos, chaquetas y algún que otro niño. En los brazos llevo un par de bandejas con hamburguesas y refrescos. Marta siempre dice que tengo un equilibrio digno de una gimnasta olímpica, y reconozco que un poco de razón sí que tiene. Conseguí el trabajado haciendo una sola demostración y los clientes habituales tienen organizada una apuesta sobre cuando se me caerá una bandeja.

– Verde, la mesa 6 está ocupada - me grita el jefe. A pesar de llevar mi nombre perfectamente bordado sobre la camisa roja él opina que llamarme por el color de mis ojos es mucho mejor para no confundir a los clientes. No es algo que me moleste, aunque solo lo haga conmigo, la verdad, pero después de intentar durante un mes que me llamase por mi nombre, me di por vencida y me acostumbré.

Dirijo la mirada hacia la esquina donde está la mesa y el vaso que tengo entre los dedos se desliza hasta estrellarse contra el suelo y romperse en mil pedazos, derramándose el líquido por el suelo. La pareja que está en la mesa grita y un niño se echa a llorar, pero no soy consciente de todo eso. Allí, en la mesa 6, Dani y Hugo me observan sonrientes.

Limpio el desastre con un trapo que llevo sujeto a la minifalda antes de que el jefe se ponga como loco y voy hacia la mesa 6, intentando disimular el miedo que siento con una sonrisa.

– ¿Qué vais a tomar? - las palabras se me atragantan en la garganta y estoy apretando tan fuerte la libreta que las hojas se arrugan y doblan de cualquier manera.

– Deberías tranquilizarte querida - la voz de Dani recorre todo mi cuerpo, y tras un escalofrío, respiro profundamente y logro relajarme un poco -. ¿qué nos recomiendas?

– Esta semana el especial es una hamburguesa vegetal - lo digo de carrerilla y con un tono de voz que bien podría haber pasado por un anuncio sosísimo de la tele.

– Pues pediremos dos de esos. Con agua.

No me hace falta apuntar. Voy hacia la cocina sin mirar atrás y el resto de la tarde hago lo posible por evitar pasar cerca de la mesa y mirar hacia allí. Pero la sensación de estar siendo observada se clava en mi espalda como una puñalada.

La cafetería ha cobrado mucha popularidad desde que el jefe la remodeló el mes pasado dándole un toque de los ochenta, muchas familias del barrio ya son habituales y es el lugar perfecto para una cita también. Las mesas cuadradas con los sofás de goma espuma llenan las paredes mientras las sillas con mesas circulares ocupan el resto del local. No es un sitio demasiado grande y eso es lo que lo convierte en un lugar acogedor y permite que la música que se escapa del reproductor de sonido desde la barra llegue hasta la mesa más escondida. Las paredes y el tapizado juegan con colores crema mientras las baldosas del suelo simulan un tablero de ajedrez interminable.

A las diez un murmullo recorre el local desde la barra en la que los habituales suelen acomodarse a tomar algo antes de subir a sus casas a cenar “verde, verde”. Dejo la bandeja y apoyo la tripa sobre la barra para alcanzar la guitarra que está al otro lado. Me doy impulso para sentarme en la barra y cruzo las piernas antes de que la minifalda deje entrever mi ropa interior. Alguien apaga el reproductor de música. Apoyo la guitarra en mi pierna y empiezo a tocar. Poco a poco se va haciendo el silencio en la cafetería y las estrofas que salen de mi boca llegan hasta el último rincón. Inmersa en la música cierro los ojos y me olvido de todo. Nunca se me ha dado demasiado bien la música, pero cuando mi hermano me regaló la guitarra aprendí un par de canciones por mi cuenta para no dejarla en el armario cogiendo polvo y al final se ha convertido en uno de mis hobbies cuando necesito evadirme de la realidad.

Al terminar, una ola de aplausos recorre la cafetería. El jefe me da permiso para salir un poco antes de cerrar, o sea ya mismo, y al volver la vista hacia el rincón me doy cuenta de que la mesa 6 está vacía y con la cuenta pagada. Guardo los patines, me pongo las deportivas y salgo a la calle con la única protección de una chaqueta. Parece que no ha sido más que un susto, seguro que una de las estúpidas bromas de Dani para hacerme enfadar y enseñarme esa sonrisa que tanto me molesta. Pero, al doblar la esquina para llegar a casa me encuentro de frente con él. Y esta vez Hugo no está.

– Tienes una bonita voz - nos miramos a los ojos y le devuelvo la sonrisa inconscientemente.

– Gracias.

– ¿Damos un paseo? -le haría la broma de si tengo opción o no, pero la respuesta sería demasiado cortante. No sé cómo actuar. Ha imaginado cientos de veces que aparecía y lo que podía suceder, pero en ninguna de ellas daba un paseo con mi asesino. Con un leve asentimiento de cabeza echamos a andar. Dani lleva un pantalón vaquero y una chaqueta de cuero negra a juego con unas deportivas negras. Mientras andamos juega con algo que lleva en el bolsillo, por el sonido diría que son unas llaves.

– ¿A dónde vamos? - rompo el silencio con una pregunta absurda para la que tampoco quiero una respuesta, si voy a morir, poco importa.

– No seas impaciente, llegaremos en un rato. Aunque bien es cierto que no deberías seguir a desconocidos cuando te lo piden - añade, con un tono de burla. Miro hacia otro lado y le ignoro durante un rato ¿A qué viene esa broma? No tiene ni pizca de gracia pero oculto una sonrisa inclinando la cabeza y haciendo que el pelo caiga sobre mi mejilla. Los edificios se han convertido en árboles y la temperatura ha bajado un par de grados. - Ya hemos llegado - señala un banco que hay en el camino y nos sentamos.

Estamos en el paseo del río. Es un parque enorme, o al menos lo era cuando tenía seis años. Mi padre me traía todas las tardes después de clase y recuerdo que jugaba al escondite con mi hermano hasta que empezaba a hacer frío. Un día nos subimos a la barandilla del final para ver el riachuelo que cruza la ciudad. Carlos estuvo a punto de caerse y mi padre nos prohibió subirnos. Después, dejamos de venir al parque.

– Espero que aún recuerdes nuestro trato - directo al grano, ha conseguido ponerme la piel de gallina con una frase.

– Si - respondo, bajito. Estamos solos en el parque, no tiene sentido que hablemos en susurros, pero es la única voz que soy capaz de articular.

– Bien, me alegra oír eso, porque ya tengo algo que pedirte.

– Dime - trago saliva y observo el colgante que saca del bolsillo. Por un momento viajo al pasado al ver dos alas negras que cuelgan de una cadena de plata.

– Bueno, esto no es muy complicado querida. Quiero que lleves puesto siempre este colgante. Y

créeme que sabré si lo llevas puesto o no.

Con cuidado coge el colgante entre sus manos y veo como lo separa, como separa las alas. Son dos colgantes, uno con cada ala. Me pone el ala izquierda sobre el muslo y se coloca el suya en el cuello. Saco las manos de los bolsillos y la miro detenidamente. Al cogerla me parece ver como si el ala se moviese, quizá haya sido mi imaginación, la luz de la farola deja mucho que desear. La acaricio con los dedos. Está fría, dura, pero me siento bien, como si flotase en el cielo. Paso la cadena por la cabeza y dejo caer el colgante. Dani se inclina hacia mí y la sostiene con la mano, sonriendo.

– Te queda muy bien - sé que por su mente se pasa algo más que un halago y que esto no es un simple regalo, pero me callo y meto el colgante dentro de la chaqueta por el final de la cremallera. Al hacerlo nuestras manos se rozan, apenas un segundo. - Estás helada - Hasta que lo ha dicho no he sido consciente de que estoy casi tiritando. Hundo rápidamente las manos en los bolsillos.

– No es nada, en cuanto salgamos de aquí volveré a entrar en calor.

– Sí, creo que te he entretenido demasiado. Un fallo por mi parte, no estoy acostumbrado a ser un buen caballero. Con los años uno va perdiendo práctica - una pregunta cruza fugazmente mi mente ¿cuántos años tendrá? Le miro mientras nos levantamos. Soy mala poniendo edad a la gente, pero físicamente no aparenta más de veinticinco. Como si pudiese saber lo que pienso sonrío mientras camina a mi lado.

Al salir del parque veo a Hugo, apoyado sobre un coche deportivo de color negro. No entiendo mucho de marcas, pero tiene pinta de ser caro. Dani le mira un segundo y se gira hacia mí.

– ¿Serás capaz de volver a casa desde aquí?

– Si.

– Lamento no poder acompañarte - me parece atisbar un poco de pena en sus palabras.

– No te preocupes, ya sé que no eres un caballero - sonrío, no he perdido facultades, aún soy capaz de bromear, no estoy muerta, lo cual es buena noticia. Me doy la vuelta y empiezo a andar calle arriba. No habré dado ni diez pasos cuando escucho el ruido de un motor. Me vuelvo y veo el coche negro alejarse hacia la oscuridad en dirección contraria mientras mi corazón, anhelante, se pregunta si le volveré a ver.

Abro con cuidado la puerta de casa. Dentro se oye el ruido del televisor. Camino de puntillas por el pasillo y al llegar al salón encuentro a mi padre dormido en el sofá. Estoy realmente cansada así que prefiero no ver el desorden. Ha sido un día muy largo, y una noche aún más extraña. Llego a mi cuarto y me recuesto en la cama. Antes de que pueda pensar en cambiarme, me he quedado dormida.



Me acostumbré al colgante casi al instante. Duermo con él todos los días, y desde entonces la pesadilla no se ha vuelto a repetir. No me lo quito ni parar ducharme. La primera vez que lo hice pensé que se estropearía, pero debe ser de un material impermeable, porque no le ha salido ni una grieta. Al día siguiente de estrenarlo Marta me sometió a uno de sus interminables interrogatorios. Sació su curiosidad diciéndole que era un recuerdo de mi abuela que había encontrado mientras limpiaba, cosa que incluso podría ser cierta, pero no tengo forma de comprobar porque todas las cosas de su casa fueron a parar a la basura en uno de los arrebatos de mi padre.

Durante esta semana un montón de preguntas han cruzado mi mente, y me he sentido tentada

más de una vez de ir al edificio abandonado en el que nos conocimos la primera noche para que Dani las respondiese. Pero estoy tan cansada que me duermo en cualquier sitio, suerte que los exámenes ya han terminado y sólo tengo que ir a trabajar. Ayer el jefe de la cafetería me obligó a cogerme vacaciones porque era incapaz de patinar sin que se me cerrasen los ojos. Así que aquí estoy, metida en la cama con el pijama puesto y la música a todo volumen en los auriculares. El plan es descansar hasta que anochezca y después salir a buscar a Dani. En mi estado es una locura, pero necesito respuestas o al menos una explicación.

Recojo mi pelo en una coleta y me pongo el abrigo encima del jersey. Aún no estamos en invierno pero últimamente paso mucho frío. No puedo evitar pensar que la culpa de todos estos cambios, el frío y el cansancio, la tiene el colgante, que me va matando poco a poco. Pero no me atrevo a quitármelo. A saber lo que me haría Dani si lo hago. Prefiero no pensarlo.

Mientras me concentro en mantener los ojos abiertos, intento recordar el camino que recorrí con Marta la primera y última vez que fuimos a esa discoteca, le hice prometer a Marta que no volvería ella por su cuenta, y no es del tipo de persona que incumple sus promesas. Sé que no llegó a entender el por qué, tampoco se lo expliqué, pero entendió que era algo que yo consideraba peligroso. Los edificios dan vueltas en mi cabeza, pero mi memoria fotográfica me va guiando. Espero no equivocarme y ser capaz luego de volver. Cierro un instante los ojos, prolongo un parpadeo, quizá demasiado tiempo, porque cuando levanto los párpados ya no reconozco la calle en la que estoy ¿Me he dormido y he seguido caminando? La perspectiva de haberme perdido dispara mi adrenalina, recupero fuerzas por un instante. Miro atrás, adelante. La calle está vacía, intermitentemente iluminada por las farolas. No hay coches ni nada que reconozca. Es como un polígono industrial. Quizá el sitio que busco esté cerca, pero no soy capaz de encontrar el desierto que vi la última vez. El subidón se me está empezando a pasar y cada vez me cuesta más andar, incluso respirar. Me apoyo en un muro y empiezo a respirar por la boca. A cada bocanada de aire aumenta el dolor que siento en el pecho. Noto las vibraciones a través de los ladrillos, siento como si el ritmo de una canción revotase por todo mi cuerpo ¿es posible que esté apoyada sobre mi destino? Ya da igual. No tengo fuerzas para incorporarme, me estoy congelando de frío. La vista se me empieza a nublar, y antes de que todo se vuelva negro, veo los azules ojos de Hugo. Sus labios me dicen algo, pero no lo oigo. Solo quiero descansar, morirme.



Parpadeo lentamente y dejo que mis ojos se acostumbren a la luz del sol que entra por la ventana, a través de las cortinas, mientras me coloco boca arriba en la cama. Mi cama ¿Cómo he llegado hasta allí? En un instante recuerdo mi caminata nocturna. Me llevo la mano al pecho, en busca del colgante, pero no está. Toco mi cuello, ni siquiera llevo puesta la cadena. De un salto me incorporo y empiezo a buscarlo entre las sábanas. Parece que he recuperado las fuerzas. ¿Y si me lo han robado? ¿Y si?... unos golpes en la puerta interrumpen mis pensamientos.

– ¿Estás presentable? - la juguetona voz de Dani llega a través de la pared y acelera mi corazón ¿qué está haciendo en mi casa? ¿y mi padre? - Si no vas a responder, entro.

– Si si, puedes entrar - respondo mientras me vuelvo a meter entre las sábanas. Aún llevo la ropa de anoche.

El pomo gira y veo a Dani en chándal y con el pelo revuelto. En la mano lleva un cuaderno, que al mirarlo detenidamente me doy cuenta de que es mi diario. Me sonrojo y enfado a la vez, cojo una almohada y se la lanzo. Usa como escudo el diario. Así que le lanzo otro cojín. Esta vez le acierto en

la cara, pero no creo que le haya hecho mucho daño. Sin decir una palabra deja el diario en mi escritorio y finaliza la silenciosa guerra de almohadas colocándolas a mis pies. Tranquilamente se sienta en el borde de la cama, a mi lado.

– Lo siento - esas dos palabras me pillan desprevenida.

– ¿Qué?

– No debiste salir a buscarme. Podría haberte pasado algo.

– Bueno, de hecho me pasó - respondo molesta.

– Si, pero no estaba planeado que eso sucediese.

– Ah vale, perdón por estropear ese gran plan que ni siquiera has tenido el detalle de contarme - junto con las fuerzas también he recuperado mi mal humor y el don de las palabras.

– Cuanto menos sepas es mejor.

– ¿Para ti o para mí? - en silencio me mira y puedo ver el miedo y el dolor a través de sus ojos. Siento el impulso de abrazarle pero simplemente sonrío y miro por la ventana olvidándome del enfado. - A estas alturas pensaba que ya estaría muerta – me sincero.

– Justo eso es lo que no quiero.

– No... no lo entiendo - le miro de reojo, intentando descifrar la expresión de su rostro.

– ¿Estás cansada?

– Un poco - aunque haya recuperado las fuerzas, tengo más sueño del que querría reconocer.

– Pues métete en la cama - agarra la almohada y la coloca en su sitio. - Te voy a contar una historia - cuando ya estoy tumbada él sube los pies a la cama y apoya la cabeza en el cabecero. Entrecruza los dedos de las manos sobre su tripa y mirando al techo estrellado de mi habitación, comienza a narrar:

“El mundo está formado por infinitas dimensiones, que existen y coexisten igual que los seres vivos. Hace mucho tiempo existían unos seres inmateriales. Tú los llamarías ángeles de la guarda, pero cada cultura que ha existido en la Tierra los ha denominado con un nombre diferente. Vivían entre los humanos corrientes y algunos de ellos los podían ver. Les guiaban, ayudaban y protegían, y se alimentaban de su felicidad, su alegría. Pero la mente de los humanos se fue llenando de envidia, odio, y ese veneno ahuyentó a los ángeles hasta el cielo. Desde allí siguieron con su misión mientras veían a los humanos destruirse a sí mismos y a todo lo que les rodeaba. – hace una pequeña pausa para aclararse la voz - Un ángel propuso que se intentase curar a los humanos. Separar esa ponzoña de sentimientos de sus cuerpos para que volviesen a ser como eran antes. Y se intentó en múltiples experimentos, pero trastocar el alma provocaba la muerte del cuerpo. Así que la idea se desechó. Sin embargo un grupo de ángeles continuó investigando en secreto hasta que los descubrieron, y fueron castigados a llevar una vida humana hasta el fin de los días por todas las vidas humanas que habían arrebatado. Tomaron uno de esos cuerpos humanos usado en los experimentos y alojaron en él la esencia de los ángeles condenados. Una esencia pura que poco a poco, según pasaba el tiempo en la Tierra se fue envenenando – en la oscuridad de mis párpados puedo sentir como Dani aprieta las manos, no hace falta ser muy inteligente para saber que lo que me está contando es algo más que una historia inventada, por eso me esfuerzo en retener cada una de las palabras – Y estos ángeles caídos se rebelaron contra su castigo y se hicieron fuertes gracias a los humanos. Los consumían hasta el último aliento, robándoles su vitalidad...”

Al despertarme, la luz de las estrellas se cuela por la ventana. El sitio en el que estaba Dani aún está caliente. Oigo el sonido del televisor. Voy a la cocina a por algo de comer sin ser demasiado consciente del resto que me rodea. Ni siquiera sé exactamente lo que saco del frigorífico para comer. Al volver a mi cuarto veo que encima del diario hay un sobre. Lo abro con cuidado. Dentro hay una nota y el colgante.

Póntelo mañana. Si me necesitas ve al lugar donde te lo día y antes de que te des cuenta estaré a tu lado.

P.d: tu padre no sabe nada de nuestra visita, no te preocupes

Una "d" mayúscula, grande y negra firma la nota. Saco el colgante y lo dejo sobre la mesita, no tengo ganas de pensar por qué mi padre no sabe nada ni de preocuparme por ello. Meto la carta en el sobre y lo guardo entre las páginas del diario. Me pongo el pijama y vuelvo a la cama. Algo me dice que esta noche no tendré pesadillas. Me abrazo a la almohada y lo último que siento antes de dormirme es el aroma de la colonia de Dani entrando en mis pulmones.

He perdido la noción del tiempo en estos días, pero las veinte llamadas perdidas de mi hermano me devuelven a la realidad al despertar. Así que antes de salir hacia el instituto descuelgo el teléfono y marco el número de su apartamento. No ha sonado ni dos veces cuando escucho su voz.

– ¿Se puede saber qué ha pasado? ¡Llevas días sin llamarme! Marta me llamó ayer para decirme que hacía dos días que no sabía nada de ti, no has ido al instituto ni a trabajar... He estado a punto de llamar a papá - está tan alterado que le falta el aire entre frase y frase.

– Lo siento, estaba muy cansada. Tenía el móvil en silencio y acabo de ver las llamadas. - respondo mientras con la mano que tengo libre termino de extender la nocilla por el pan del bocadillo.

– No me vuelvas a dar este susto, de verdad.

– Lo sé, lo siento - vuelvo a disculparme y chupo el cuchillo limpiándolo de chocolate.

– Bueno, ya está – respira. - Lo importante es que hayas descansado.

– Si, tranquilo. Ahora iré para clase y tranquilizo a Marta.

– Bien, me alegra oír eso.

– ¿Tu qué tal estas? - pregunto intentando desviar la conversación.

– Bien, todo genial. Sabes que puedes venir cuando quieras.

– Si, lo sé, pero papá me necesita aquí para mantener un poco el orden - con el pie cierro el cajón en el que acabo de guardar el papel de aluminio que he utilizado para envolver el bocadillo.

– Eres demasiado buena.

– Ya - al otro lado de la línea se hace el silencio mientras cierro la cremallera de la mochila.

– Bueno, ya está todo dicho, pásalo bien y llámame si necesitas algo.

– Lo mismo te digo. Besos - me despido, colgándome la mochila del hombro.

– Bye.

Hace mucho que no le cuento mis problemas a mi hermano ni siquiera a Marta, siempre ha sido lo mismo y las últimas novedades no es algo que pueda hablar con nadie. Y desde el último mes he tenido que mentir. No me gusta hacerlo, pero no quiero que se preocupen. Sé que lo hacen igualmente, pero tengo miedo de su reacción si supiesen la verdad, y tampoco quiero ponerles en peligro. Imagino que durante estos días habrán estado hablando más de lo normal entre ellos, por lo que en clase seguramente me espere otro interrogatorio que tendré que salvar con una verdad a medias. Así que cojo aire, las llaves y cierro la puerta de casa tras de mí.



Inconscientemente camino hacia el parque al salir del trabajo. En los últimos días las cosas se han

complicado. Vuelvo a llevar el colgante, y con él el peso del agotamiento. Es menor que la última vez, y poco a poco me estoy acostumbrando. Pero Marta y Carlos se han unido para obligarme a hacerme pruebas médicas e insisten en que deje el trabajo. Me controlan a todas horas y casi no tengo un momento para mí. Suerte que el jefe me ha dejado salir antes y no me han llamado todavía para saber dónde estoy.

Me dejo caer en el banco donde pasé la noche con Dani y cierro los ojos. No han pasado ni cinco minutos cuando siento que a mi lado las tablillas de madera se hunden. Dani está a mi lado, vestido con un traje negro a juego con su corbata... y sus alas.

– El trato era mi vida, no la del resto - voy directamente al grano.

– Eso no es de mi incumbencia - su tono de voz es tan frío y serio que me hiela la sangre. Trago saliva y retomo el tema, algo me dice que no es uno de sus mejores días.

– Claro que lo es ¿qué pasaría si se lo contase todo? - intento a la desesperada, no había planeado que me diese una respuesta tan tajante.

– Seguramente te tomaran por loca - el silencio nos invade durante un rato, en el que poco a poco me voy quedando exhausta. Dejo escapar un suspiro.

– Siento haberte hecho venir hasta aquí, ha sido una tontería - me pongo de pie y paso la correa de la mochila por el hombro.

– Lo único que te puedo ofrecer es mi casa - en silencio evalúo la situación. Dejarlo todo para estar con él. En el fondo mi vida le pertenece, y si no quiero que los demás sufran por verme así, es la mejor opción.

– Lo pensaré - le doy la espalda y echo a andar hacia casa.

Ya en mi cuarto todo me da vueltas. Según me iba alejando del parque recuperaba fuerzas, bueno, las suficientes para llegar a casa sin ninguna complicación.

Me miro en el espejo que hay sobre el escritorio de mi habitación. Las ojeras no hacen más que crecer, y mi piel, antes rosada, ahora es de un blanco como la nieve. Humedezco mis labios con la lengua y me dejo caer en la cama. Tengo que buscar una buena mentira que Carlos y Marta se crean. Pero no quiero dejar el trabajo. Desde que Dani entró en mi vida todo se ha complicado. Me muerdo el labio inferior, no quiero dormirme hasta haber resuelto el tema.

Voy hasta el escritorio y enciendo el portátil. En la oscuridad, la blanquecina luz que despiden al encenderse me obliga a cerrar los ojos. Internet me ofrece infinidad de soluciones: un centro de retiro, excursiones... solo tengo que conseguir un billete y un lugar sin comunicación. Por lo que un campamento espiritual en las montañas es la mejor opción.

La alarma del móvil resuena en la habitación. La apago casi al instante y me doy cuenta de que no he dormido. He pasado la noche organizando los preparativos de mi viaje y sin café, lo que es todo un logro, ya que ha sido el motor de mi cuerpo durante la última temporada de mi vida. La maleta ya está en la puerta. Con los ahorros que guardaba para emergencias, he sacado un billete para esta tarde. Lo descambiaré en el momento. También he llamado al jefe, le he dicho que lo dejo para estudiar y le he regalado la guitarra, es posible que alguno de los habituales se la compre por un precio razonable. Ahora solo queda la parte difícil.

Hace un tiempo que ya no es una novedad que falte a clase. Así que me tomo un rato para asearme y vestirme con la ropa que no he guardado en la maleta. Una vez en la calle cojo el bus hacia el centro comercial en el que sé que encontraré a Carlos terminando su turno.

Al llegar, le pido amablemente al encargado que le diga a Carlos que su hermana está allí y es urgente. Compro unas patatas para ahogar el estrés un poco y me siento en una de las mesas más alejadas de la gente que aprovecha el servicio de comida rápida para almorzar.

Carlos sale del reservado a medio cambiar con unos vaqueros y la camiseta del local.

- ¿Qué pasa? - pregunta mientras se sienta.
- He pensado que tienes razón, necesito desconectar.
- ¡Por fin! - pone las manos en alto y aplaude.
- Pero ya he tirado el curso, y se me ha ocurrido que cambiar de aires me vendría bien - corto su celebración.
- ¿Qué quieres hacer? - pregunta intrigado echándose hacia delante.
- Ir a la montaña, hay un centro espiritual, bueno, es como un campamento lejos de todo, en el que solo te tienes que preocupar por ti y dura todo el año – suspira.
- Si es lo que tú quieres, adelante. Puedo dejarte dinero para el billete y me encargaré de papá.
- En verdad... ya he comprado el billete. Te lo agradezco.
- Vaya - se inclina hacia atrás en la silla. - Entonces esto más bien es una despedida.
- Si, de hecho el tren sale esta tarde - se recuesta sobre la mesa y sonríe.
- Ten cuidado ¿vale? Y escribe de vez en cuando.
- Lo haré, lo prometo - al ponernos de pie me da un abrazo.
- Cuídate pequeña - le doy un beso en la mejilla - ¿quieres que te acerque a algún sitio? - miro el reloj.
- Es la hora del recreo. Supongo que podría pasarme a clase - suelta una carcajada.
- Esto a Marta no la va a hacer gracia, más vale que tengas pañuelos.

Durante el trayecto en coche hablamos sobre papá, el equipaje, el viaje... y me doy cuenta de que ambos hemos crecido mucho. Ya no somos esos dos niños que se peleaban por un juguete o jugaban al escondite en el parque. Ahora cada uno tiene su vida, por eso no le ha costado tanto asumirlo ni me ha puesto impedimentos. El vínculo que nos une va más allá de algo sanguíneo, pero la independencia es algo tan presente en nuestras vidas que ya resulta normal. Pero no es igual para Marta.

En el patio un montón de chicas rodean a Marta y la ríen las gracias, son “el séquito” de los recreos, chicas de todas las edades que aspiran a ser como ella o simulan serlo. Es verdad que no todas son así, y entre ellas Marta tiene verdaderas amigas, pero no es un grupo con el que me guste juntarme especialmente, solía evitarlo en la medida de lo posible cuando iba a clase.

Antes de que haya terminado de bajar los escalones, Marta ya me ha visto y viene hacia mí, el resto se quedan atrás. Me da un abrazo y sonríe.

- ¿Qué tal te encuentras hoy guapa?
- Bien, mejor. Solo he venido parar contarte una cosa.
- Cuéntame, tienes diez minutos - dice, mirando al reloj de su muñeca. Nos sentamos en las escaleras, cojo aire y empiezo a hablar ignorando todo el jaleo del patio.
- He pensado en tomarme el resto del año libre - una de las cosas buenas de Marta es que no te interrumpe, te deja hablar hasta el final. - He mirado un campamento en las montañas. No hay contacto con el exterior y todo son actividades de meditación y contacto con la naturaleza - sus ojos se van abriendo cada vez más.
- Eso quiere decir que te marchas un año, bueno lo que queda de año... - tartamudea con las lágrimas al borde de los párpados. Asiento con la cabeza. - Yo... me alegro mucho, pero... - se derrumba, empieza a llorar y le abrazo. Apoya su cabeza sobre mi pecho. - Te voy a echar mucho de menos.
- Y yo a ti - me ha contagiado las lágrimas, así que ahora ambas estamos llorando.
- Pero no es un adiós, solo un hasta el año que viene - levanta la cabeza y se seca las lágrimas con la mano.
- Claro - sonrío. Pero al pensar que posiblemente no la vuelva a ver hace que las lágrimas no se detengan. - Me voy esta tarde.

– ¡Oh! ¿tienes aquí el billete? - en un segundo ha pasado de llorar a sonreír.

– Si ¿por?

– Dámelo - busco en la mochila y se lo enseño. Saca del bolsillo del pantalón su pintalabios y escribe en la carpetilla del billete nuestros nombres. – Así me llevarás contigo todo el año. Si me hubieses avisado con más tiempo te habría organizado una fiesta de despedida.

Suena la campana que indica el final del recreo. Nos abrazamos y despedimos. Mientras recorro los pasillos del instituto la idea de que nunca volveré a andar por ellos cruza mi mente. Anoche le envíe una carta al director, informándole de que terminaría el curso en mi casa por razones personales, y esta mañana ya había respondido aceptando mi evaluación a distancia. Así tendré algo que hacer durante mi “retiro espiritual”.

La última parada con mi hermano es la estación de tren, antes nos hemos pasado por casa para coger la maleta. No me ponen pegas a descambiar el billete. Con la devolución me compro algo de comer allí mismo y después cojo el autobús de vuelta. Al llegar a casa cojo el abrigo que he dejado antes. No creo que haga falta que le dé muchas explicaciones a mi padre, así que le dejo una nota en la mesa del sofá informándole de que me voy, al lado del sillón en el que siempre se sienta y cierro la puerta. Prefiero conservar las llaves por si en algún momento vuelvo, aunque no espero que ese momento vaya a suceder. Bajo en el ascensor cargada con la maleta, la mochila y la basura. Al salir a la calle tiro la basura en los primeros cubos que aparecen en mi camino hacia el parque.



Me he sumergido en una monótona rutina. Cada mañana me levanto, desayuno, me ducho y estudio un rato, aunque cada vez pienso más que es una pérdida de tiempo. Después preparo la comida y espero a que Hugo y Dani lleguen a casa. A veces vienen, otras no, pero siempre hago comida y cena para tres que congelo en caso de que no aparezcan. Las tardes las paso en el sofá, leyendo o viendo la tele, siempre encuentro algo con lo que entretenerme. Alguna vez salgo a dar un paseo, pero desde que estoy en su casa el cansancio ha aumentado mucho y tampoco tengo ganas de salir y que alguien me vea, en el fondo sigo estando en la misma ciudad, solo que en un piso en pleno centro en lugar de en un barrio de las afueras. Me fuerzo a andar y a moverme para que las piernas no se me duerman mientras permanezco sentada o tumbada en la cama. Ya he memorizado lo que hay en todos los cajones de la casa, salvo los que son de Dani y el cuarto de Hugo, no quiero pasarme cotilleando. No hay nada fuera de lo normal ni adornos ni cuadros. Todo está listo para ser abandonado como si nadie hubiese estado viviendo allí. La televisión y los electrodomésticos son todos de alta gama y el piso tiene dos ascensores y garaje, aunque nunca he usado ninguno de los tres, no tengo coche y es un primero, no hace falta usar el ascensor para subir o bajar dieciséis escalones, que también he contado. Lo único llamativo es que todas las ventanas tienen cortinas oscuras que impiden que se vea algo desde fuera aún teniendo las luces encendidas dentro, y no se pueden mover. En una ocasión intenté engancharlas con un cordón, pero según llegó a casa, Hugo lo quitó y me dijo amablemente que no lo volviese a hacer.

Comparto el cuarto con Dani, ya que el piso es pequeño y solo tiene dos habitaciones, pero no ha pasado ni una noche en casa desde que me mudé. Casi ni le veo. Hugo me trae la compra y todo lo que le pido, pero es como si Dani me estuviese evitando. Hay mañanas en las que me despierto y encuentro el escritorio con las cosas cambiadas de sitio o la ropa colocada en el armario. Son las únicas señales que tengo de que Dani vive en la casa. Tampoco sé si su comportamiento es algo

normal o ha cambiado desde que vine, quisiera decir que no me importa en absoluto, pero es algo a lo que no puedo dejar de darle vuelta. Hay tardes en las que recuerdo mi vida y no puedo evitar llorar. Aún no me he puesto en contacto con nadie, prefiero no hacerlo, una llamada implicaría demasiadas preguntas a las que no quiero responder. Espero que algún día se olviden de mí, porque ya se me han agotado las ideas, no sé qué haré dentro de ocho meses cuando el “retiro espiritual” haya terminado, ni siquiera sé donde estaré por ese entonces. A veces temo que Hugo y Dani se marchen y me dejen atrás ¿qué sería de mí entonces? Aún sin el colgante ¿podría volver a mi vida normal? ¿diría algo mi padre, mi hermano, Marta? Demasiadas preguntas para las que no quiero respuesta. Estando sola en casa sé que es imposible no pensar demasiado, incluso con todas las distracciones que tengo y la cantidad de horas que duermo, pero es lo que he decidido y tengo que ser responsable con mi decisión.

Sobre la encimera de la cocina hay tres bolsas de la compra. Le pedí a Hugo que trajese los ingredientes para hacer un pastel, aunque dudo que sepa para lo que son. Me apetece algo dulce para celebrar mi cumpleaños. Pero no se lo he dicho a nadie. No creo que ninguno de los dos lo sepan, y tampoco quiero festejarlo con ellos, puede que sea mi último cumpleaños y prefiero pasarlo a solas, no con los que seguramente serán mis asesinos. Aunque más que un asesinato parece que disfrutan manteniéndome encerrada en su casa.

Después de hacer la comida, que seguramente tendré que congelar, preparo la masa del bizcocho y lo meto al horno. Supongo que hoy tampoco vendrán a comer, así que me siento presidiendo la mesa del comedor y termino rápidamente la comida para seguir haciendo la tarta. La nata, el relleno... al final decoro el pastel con tantos colores que no parece algo comestible, pero bueno, toda mujer tiene derecho a darse un capricho y no hay testigos. La mesa está llena de utensilios y boles que he ido utilizando y que más tarde limpiaré. Mientras admiro mi obra de arte, oigo como se abre la puerta. No puedo evitar sorprenderme, son las cinco de la tarde, nunca han venido a esa hora a casa. Pero es su casa, no me puedo quejar. Pienso en esconder el pastel en el horno para comérmelo después. Sin embargo, es demasiado tarde, Hugo acaba de entrar a la cocina y mira el desastre con los ojos abiertos como platos. Sin duda no esperaba encontrarse eso al entrar. Al final, su mirada se fija en el pastel que hay a mi lado. Me mira y se acerca.

– ¿Quieres que te ayude a limpiar?

– Sí, claro - respondo, un poco avergonzada por el desorden.

Estar con Hugo me tranquiliza. Además, siempre me ha tratado bien. Puede que sea el guardaespaldas de Dani, pero desde que vivimos juntos he visto su otra cara. Es un chico tímido, amable y hace todo lo posible para que me encuentre a gusto. Más de una noche me he quedado dormida en el sofá y despertado a la mañana siguiente en la cama, y de algún modo sé que ha sido él el que me ha llevado hasta allí. Mientras friego los cubiertos, Hugo pone el lavavajillas. La verdad es que para ser un chico se apaña muy bien con las labores de la casa.

– Después del duro trabajo vendría bien comer algo de ese pastel que has preparado - guardo silencio. - Si no quieres compartirlo no pasa nada - añade, cerrando de un golpe el lavavajillas y pulsando el botón del programa de lavado.

– No, está bien, es mejor hacer las celebraciones en compañía - cojo dos tazas del armario y las relleno con el café que ha sobrado del desayuno y aún reposa en la cafetera. Él coge el pastel, y juntos cruzamos la puerta de la cocina para llegar al salón, y lo colocamos todo en la mesa.

– Voy a por servilletas y un cuchillo para cortarlo - mientras le observo desaparecer por la puerta compruebo disimuladamente con el dedo si la tarta es comestible.

No decimos ni una palabra mientras lo comemos, pero interiormente cuando lo cortaba he

cantado el cumpleaños feliz. Al final la mezcla no ha salido tan mal. Hugo se ha comido él solo casi la mitad del pastel y yo voy por mi segundo cacho y no puedo con más, es demasiado dulce. Y para que una adicta al chocolate lo piense, ya tiene que estar dulce. Dejo la cuchara sobre el plato y me inclino hacia atrás en la silla mientras suspiro, estoy llena. Hugo me mira, traga el pedazo de pastel que se acaba de llevar a la boca y saca una cajita del bolsillo de la chaqueta.

– Feliz cumpleaños - me quedo embobada por un segundo y agarro la caja. No sé cómo reaccionar.

– Gracias - la abro con cuidado, ni siquiera se ha tomado la molestia de envolverlo, pero sigue siendo un regalo. Dentro hay unas llaves.

– Aún no tienes carnet de conducir, pero Dani está seguro de que no te costará mucho aprender a conducir. Así podrás salir un poco más de casa - así que es un regalo de Dani, y ha encargado a Hugo que me lo dé, me molesta a la vez que me saca una sonrisa la situación.

– ¿Por qué no me lo ha dado él? - la pregunta suena más a disgusto de lo que pretendía.

– Está ocupado.

– Siempre está ocupado - suspiro, y me guardo las llaves en el bolsillo de la bata. Siempre me pone la misma excusa, sin explicaciones ni nada, voy a empezar a odiar esas dos palabras.

– Es lo mejor para ti - esa frase me cabrea todavía más, como si fuese una niña que no puede valerse por sí misma, como si tuviese que agradecerle que no le vea.

– ¿Por qué siempre tenéis que decirme eso? Estoy perfectamente, no tengo ningún problema con Dani, no le culpo de estar cansada, no me importaría verle. Es su casa, tiene más derecho que yo de estar en ella.

– Pero si lo estuviese tu morirías - hay veces en las que Hugo es demasiado directo y entonces no sé qué decir, como ahora, es la primera vez que me enfado y la contestación ha sido demasiado... inesperada. - No te ha explicado lo que son los colgantes que lleváis puestos, ¿verdad?

– Sé que son algo malo - me levanto de la silla y me siento en el sofá, jugando con la cadena entre mis dedos. - Mi abuela tenía uno igual en casa. Cuando íbamos a visitarla siempre nos decía que no jugásemos con él. Nos prohibió ponérselo y lo tenía bajo llave en un cajón. Además desde que lo llevo estoy cansada, y Dani me contó una historia sobre que... vosotros... absorbéis la vitalidad.

– Si, y eso es exactamente lo que hace el colgante - se sienta a mi lado y le miro, intrigada, dejo caer el colgante - todos estos colgantes van en parejas. No hay muchos en circulación porque pueden llegar a ser muy peligrosos. Unen a las dos personas que los llevan en un vínculo, y si una de esas personas es un ángel, le permite absorber la vitalidad de la otra persona más fácilmente.

– Pero entonces... yo ya debería estar muerta – razono frunciendo el ceño.

– No, los colgantes tienen la característica de permitir al ángel controlar la cantidad de vitalidad que le extrae a la persona. En un principio se crearon durante los experimentos para que los humanos no muriesen, el intercambio de energía era en sentido inverso, el ángel mantenía vivo al humano. Pero ese poder cambió en la superficie, la extracción se invirtió y a corta distancia no funciona - ahora todo empieza a encargar. Por eso me desmayé en el muro aquella noche cerca de la discoteca, por eso cuando le vi en el parque estaba tan cansada, por eso no viene a casa...

– Y ¿por qué lo hace? ¿por qué hace esto? ¿no sería más fácil extraer toda mi energía y que muriese de una vez? - las lágrimas comienzan a resbalar por mis mejillas. No logro entender la mente de Dani qué le lleva a pensar como lo hace.

– Él no quiere eso. No le gusta matar a los humanos. A decir verdad es uno de los pocos que utiliza así el par de alas, la mayoría de los ángeles lo usan para matar más rápidamente a sus presas - al escucharlo un escalofrío sacude mi cuerpo - pero Dani está luchando contra eso, intenta recuperar todos los colgantes para que no lo puedan hacer.

– Pero...la gente... ¿no lo nota? - respiro profundamente y cierro los ojos para intentar que las lágrimas se detengan - ¿Las muertes no se investigan? ¿por qué nadie sabe que existís?

– No somos tantos como para llamar la atención, y la mayoría preferimos pasar inadvertidos. Dani se encarga de que todo esté en orden, busca los colgantes y vigila a los ángeles que más llaman la

atención.

– Él es como... vuestro jefe o algo así, ¿no?

– Sí, se podría decir que sí. La verdad es que nadie sabe con certeza quién es, pero es el ángel que más tiempo lleva en este mundo o eso creo.

– Pensé que todos os conocías del... otro mundo.

– No, todos recibimos el mismo castigo, pero la orden tardó en llegar. De vez en cuando encontramos a alguno de los nuestros que acaba de llegar. Y parece que últimamente se ha puesto de moda castigar con una vida mortal a todos los ángeles que cometen alguna falta... - la melodía de su teléfono móvil interrumpe la historia. Lo mira y cuelga - Tengo que irme - se levanta, e imagino de quién es la llamada que acaba de recibir.

– Llévate un cacho de pastel para que Dani lo pruebe - me incorporo yo también y llevo la tarta a la cocina, bueno lo que queda de ella. Corto un pedazo y lo meto en un taper. Antes de que Hugo cierre la puerta se lo doy en una bolsa. Pasaré la tarde digiriendo lo que me acaba de contar.

Por la mañana temprano me preparo un par de bocadillos, los guardo en la mochila, y bajo al garaje por primera vez, solo se puede acceder desde el ascensor, así que también es la primera vez que lo cojo. En el llavero cuelga el número 6, sonrío al recordar que ese fue el número de la mesa en el que les atendí en la cafetería. Apartando esos pensamientos de mi vieja vida miro hacia el hueco y observo el coche que lo ocupa. Es pequeño, rojo, perfecto para pasar inadvertida. Solo tiene puertas adelante y los cristales de atrás están tintados, no creo que vaya a llevar a nadie, así que no me importa pero le da un aspecto elegante.

Al meter la llave en el contacto, intento recordar las lecciones que una tarde me dio Carlos. Pero cuando voy a coger la palanca de cambios, agarro el aire. Al lado de la radio hay un posit amarillo:

**es automático, solo pisa el pedal de la derecha a fondo
y recuerda el camino de vuelta.**

D

P.d: mira en la guantera.

No puedo evitar sonreír, es la primera vez que Dani me habla desde que llegué a su casa, si es que se puede llamar hablar a dejarme una nota. Me inclino sobre el asiento del copiloto y abro la guantera. Dentro hay un sobre con dinero en efectivo y otra nota:

No lo gastes todo. Si necesitas más díselo a Hugo.

En el fondo Dani es buena persona... bueno, ángel... lo que sea.

Por suerte, o más bien detalle de Dani, la plaza de garaje da justo a la puerta, así que no tengo que maniobrar para sacar el coche.

Hace tanto tiempo que no salgo del piso, y de la ciudad, que sólo se me ocurre un lugar al que ir. A la vez que aumento la velocidad disminuye el cansancio que siento. Veo pasar las calles por el retrovisor. Nerviosa, no paro de repetirme todos los pasos para conducir, hasta que poco a poco me relajo. Si pudiese la agradecería a mi hermano todo lo que me enseñó.

Cuando llego al mirador, mi destino, he recuperado completamente las fuerzas, me siento una persona nueva. Lleno mis pulmones de aire y lo suelto lentamente mientras observo la ciudad sentada sobre el capó del coche. Los edificios han ido ganando espacio a la naturaleza desde la

última vez que disfruté de esta vista. Pero de eso hace ya más de diez años. Era uno de los sitios a los que mi padre nos traía a mi hermano y a mí los domingos para hacer un picnic que hoy improviso yo sola delante del coche bajo la sombra de un árbol. Por ser un día entre semana no hay nadie, y el viento tampoco anima a las personas a subir a un alto.

Las nubes grises van cubriendo poco a poco el cielo anaranjado del atardecer, así que me acomodo en el asiento del conductor y me pongo el abrigo. De camino a casa compraré algo de cenar.

La vuelta se me hace mucho más fácil que la ida. No voy a decir que parezco una conductora profesional pero ya no miro los retrovisores cada cinco segundos. Hacía mucho tiempo que no sentía tanta calma y tranquilidad. Puedo coger aire, llenar mis pulmones y respirar con tranquilidad. Es como si de repente todo volviese a ser normal... incluso mejor. No tengo responsabilidades para con nadie, simplemente estamos el coche y yo, cortando gotas de agua a toda velocidad. Tanto bienestar parece irreal, y por un momento dudo de que sea real. Pero incluso en el reflejo del espejo del ascensor veo una sonrisa dibujada en mi rostro que nunca creí posible. Al final, mi decimioctavo cumpleaños ha sido mucho mejor de lo que esperaba.

Llena de energía, abro la puerta de casa. Y súbitamente me ataca el cansancio. Me agarro al pomo de la puerta de la cocina para no perder el equilibrio y logro llegar al salón. Sobre el sofá está Dani, tendido en un charco de sangre. Hugo está sentado a su lado, de espaldas a mí, presionando la herida. No sé cómo reaccionar, un grito ahogado atraviesa el silencio de la habitación mientras los ojos negros de Dani se clavan en mí y Hugo vuelve la cabeza. Dani también intenta moverse, pero el dolor no se lo permite.

– ¿Puedes venir un momento? - pregunta Hugo con un tono mezcla de autoridad y temor. Me acerco hasta el sofá lo más rápido que mis piernas me lo permiten y observo más de cerca la herida. Cuando Hugo levanta las vendas veo que Dani tiene un trozo de oro incrustado en la piel del estómago. - Sácalo - sin pensarlo, lo agarro y tiro. Es como una especie de punta de daga, casi tan grande como mis dedos. La dejo sobre la mesa y me siento en una silla mientras observo a Hugo limpiar y coser la herida. Siento cada punzada como si me la hiciesen a mí. No puedo soportar el dolor pero si me quitase el colgante, creo que Dani moriría, y no quiero que muera. Sostengo el ala entre mis manos y aprieto los dientes. Hugo se lleva a Dani a su cuarto cuando termina y vuelve para limpiarlo todo.

– Llévame con él - me mira sorprendido, y antes de que pueda replicar añado - si no lo haces iré sin tu ayuda aunque tarde toda la noche - suspira. Se limpia la sangre de las manos con un trapo de la cocina y me coge en brazos. Paso mis manos por su cuello y apoyo la cabeza en su pecho.

A cada paso que da, el dolor aumenta y siento que me voy quedando más y más fría. Ni siquiera me quito el abrigo al meterme en la cama, bueno, más bien cuando Hugo me mete en la cama. Agarro el brazo de Dani entre mi cuerpo como si fuese un osito de peluche y me rindo, dejo caer los párpados, con la esperanza de que los volveré a abrir.

Recupero la consciencia intermitentemente a lo largo de la noche y me quedo embobada observando las oscilaciones del pecho de Dani al respirar. Sus labios dejan escapar algún sonido, pero sus ojos permanecen cerrados. No alcanzo a ver nada más, ni siquiera tengo fuerzas para mover otra cosa que no sea el cuello y los ojos.

Al amanecer, los rayos del sol inundan la habitación. Hugo entra en silencio, con una bandeja en la mano. Nos obliga a ambos a beber de un líquido anaranjado del que no logro determinar el sabor. Estoy algo más despierta que Dani. Me acomodo en la cama y dejo caer el abrigo al suelo a través de las sábanas. Empiezo a recuperar el calor y las fuerzas.

Supongo que aún es por la mañana cuando Dani empieza a revolverse en la cama. No tengo

suficientes fuerzas para llamar a Hugo, o alcanzar el teléfono que está en el bolsillo del abrigo, pero si sigue retorciéndose de esa forma, como si estuviese convulsionando, se abrirá de nuevo la herida. Imaginarme esa perspectiva me hace reaccionar al instante. Ruedo hasta llegar a Dani e intento rodearle con mis brazos y piernas, pero su cuerpo es demasiado grande comparado con el mío. Así que me subo encima de él, tumbada, y dejo caer todo mi cuerpo sobre él. Siento una punzada de dolor en el estómago, al menos las contracciones han parado. Lentamente termino de colocarme para estar cómoda, dentro de lo incómoda que resulta la postura. No puedo evitar recordar aquella primera noche en la que nos conocimos y las cosas eran al revés, él estaba arriba y yo abajo. Todo ha cambiado mucho desde entonces. Apoyo la cabeza en su pecho y me duermo, exhausta después de tantos movimientos, acompañada por los latidos de su corazón y los susurros de su respiración.

Me despierto al notar que mi ropa está mojada. La camiseta está impregnada de sangre, y la de Dani también. Recorro el contorno de sus abdominales con la mano en busca de la venda, y la encuentro casi en su espalda. Con cuidado, la pongo de vuelta en su sitio, intentando no despertarle mientras me quito la camiseta. Cojo las tijeras del cajón de la mesita y corto la suya también. Si la sangre se seca va a ser luego más incómodo quitar la ropa, y se nos puede pegar a la piel. La charla de primeros auxilios que nos dieron hace años en el instituto me es útil por una vez. No voy a ser capaz de llegar al armario a por ropa limpia, pero con las sábanas y mantas que tenemos encima dudo que pasemos frío. Me sonrojo al pensar en lo que pasaría si Dani me encontrase en sujetador durmiendo encima suya. Despacio, ruedo por la cama y me tumbo de lado, dándole la espalda. El ala cuelga entre mis pechos y siento el frío de la plata al roce con mi piel. Respiro profundamente y cierro los párpados lentamente, mi cuerpo está cansado, a pesar de que mi mente sigue funcionando. Pero Dani necesita toda la energía que pueda darle, así que dejo la mente en blanco hasta dormirme.

Hugo me zarandea un momento hasta que abro los ojos. Ya me encuentro bastante mejor. A mi lado, Dani está sentado sobre la almohada, con una camiseta limpia y la mirada perdida. Me incorporo yo también, ayudándome por las manos, y vuelvo a beber el asqueroso batido naranja. Tengo ganas de algo sólido, pero antes de que pueda decir nada Dani esta susurrando al oído de Hugo. A pesar de estar al lado soy incapaz de escuchar la conversación. Se alarga más de lo normal, y cuando veo a Hugo cerrar la puerta recuerdo que quería unas galletas o algo de chocolate. Suspiro y vuelvo a meterme en la cama. Hay menos mantas que la última vez, y a Hugo se le ha pasado el pequeño detalle de que estoy casi en ropa interior. Eso sumado a que mi temperatura corporal vuelve a estar mucho más baja que la de cualquier ser humano me obliga a pegar mi cuerpo al de Dani, que ha vuelto a tumbarse en la cama, para intentar conseguir algo de calor. Entonces me doy cuenta de que está ardiendo. La diferencia entre nuestras temperaturas es demasiado grande. Estoy casi segura de que tiene fiebre. Mucha fiebre. Tengo la mano impregnada de sudor de su brazo, y al paso que va lo más posible es que se deshidrate. Quizá sea eso lo que han estado hablando, así que espero un rato en silencio a que Hugo vuelva. Pero lo único que escucho es el ruido de la puerta de la entrada y como las llaves giran varias veces. Nunca cerramos la puerta a menos que vayamos a tardar mucho en volver o esa es la norma no escrita. ¿Y si Dani le ha explicado a Hugo todo lo que tiene que hacer para seguir con los negocios que se traigan entre manos? ¿Y si no vuelve antes de que esté recuperado? Es cierto que si se estuviese muriendo yo también tendría que estar mal. Paso mi mano por su pecho en busca de su colgante, pero no está ahí. Sigo buscando, su cuello, la almohada... no está en ningún sitio. Por eso me encuentro mejor. Se lo ha quitado. Le paso por encima para llegar al cajón de la mesita y lo abro, no está dentro. Sus ojos permanecen cerrados y su boca escasamente abierta deja escapar una respiración forzada. Lo más posible es que Hugo se lo haya llevado. Los ojos se me llenan de lágrimas, de frustración y

enfado ¿Por qué tiene que actuar siempre como un héroe y pretender que los demás no se preocupen por él? Podría haber sobrevivido perfectamente con la conexión de los colgantes le recrimino en silencio y acaricio su pelo empapado en sudor ¿ahora qué va a pasar? Si se hubiese llevado el mío podría habérselo puesto otra persona... pero Dani no lo habría consentido... y va a morir por una estupidez. Ni siquiera sé cómo llegó ese trozo de oro a su cuerpo, pero me niego a dejarle morir. Salgo de la cama y recojo el abrigo que dejé la noche anterior en el suelo. Me lo pongo de camino al baño. Remojo un par de toallas en agua helada, las escurro con toda la fuerza que soy capaz y vuelvo al cuarto para colocárselas en la frente dejando un camino de gotas de agua por el pasillo. Mientras pienso que más puedo hacer busco en el botiquín del baño un termómetro que no tardo demasiado en encontrar.

Al recoger el abrigo del suelo de vuelta a la habitación, noto mi teléfono móvil, bueno el teléfono que Dani me dejó para emergencias con su número y el de Hugo. Lo saco y le escribo un mensaje a Hugo para que venga lo más rápido que pueda, si le llamo seguro que no contesta. Hasta entonces intentaré bajar la temperatura de Dani, o al menos mantenerla constante.

Hugo no tarda demasiado en aparecer, cargado con un par de bolsas y el semblante serio. No veía esa expresión en su rostro desde la noche de la discoteca.

– Yo me hago cargo - se inclina sobre Dani y mira el termómetro que descansa sobre la mesilla todavía marcando los 40º C que medía cuando se lo quité- ¿puedes levantarte?

– Si... - tengo la boca seca y me cuesta separar los labios. No sé cuantos días llevo sin hablar.

– Deberías darte una ducha y ponerte algo más cómodo - en su tono de voz no hay ni una pizca de burla. Voy al armario y abro la maleta. Después de todo el tiempo que llevo aquí aún no la he desecho. Mientras saco el único chándal que he traído conmigo acaricio la cadena de oro de mi abuela. Por el espejo veo a Hugo ocupado, así que la envuelvo entre la ropa y me voy al baño, se me ha ocurrido una idea.

La ducha me deja como nueva. Con cuidado, saco el ala de mi colgante de plata, y la paso al de oro. Engancho el mosquetón de las llaves del coche, que aún siguen en el bolsillo del abrigo, al colgante de plata, para que parezca que pesa. Más o menos, podría pasar por un ala. Si Hugo lleva el colgante de Dani en el bolsillo, de lo cual hay muchas posibilidades, no notará la diferencia entre el original y el que acabo de improvisar con el viejo mosquetón a menos que lo saque.

Al salir al pasillo escucho el sonido del microondas. En el cuarto, Dani está descansando en la cama, aún respirando con dificultad y una toalla en la frente. Avanzo decidida hacia la cocina, pero me detengo en el salón. Sobre una de las sillas del comedor descansa la chaqueta de Hugo. Me acerco, sin perder de vista la puerta de la cocina y examino los bolsillos. Tal y como esperaba el colgante está allí. Saco el impostor y guardo el original en el bolsillo de mi pantalón.

– ¿Qué estás haciendo? - la voz de Hugo me sorprende. Sólo he dado la espalda a la puerta un segundo y ni siquiera he oído cómo se abría.

– Nada - alejo la silla de la mesa y me siento. - Estoy muy cansada, necesito algo de comer.

– Ahora te preparo algo. Primero le llevaré esto a Dani - en la mano lleva un vaso con el batido asqueroso, pero parece que no se ha dado cuenta del cambio.

Le pido que me prepare tres platos diferentes. Eso le mantendrá ocupado el rato suficiente para que pueda colocar el colgante a Dani. Antes de pasar a la acción, me desato mi colgante del cuello y paso la cadena por mi muñeca, quedando a modo pulsera.

Por suerte, Dani está dormido cuando entro en el cuarto. Le levanto la cabeza con cuidado, intentando que se mueva lo menos posible para no despertarlo. Le engancho el collar y lo escondo debajo de su camiseta para que Hugo no lo vea. Rápidamente, o al menos todo lo rápido que soy capaz de andar, vuelvo al salón.

Devoro la comida tan rápido que Hugo no tiene tiempo para ir y venir de la cocina con el nuevo plato.

– ¿Qué tal está Dani? - pregunto mientras me limpio los labios con la servilleta.

– Bien, se recuperará, no te preocupes – responde desde el sofá. Prefiero evitar el tema del collar, así que me levanto de la silla y me siento a su lado.

– ¿Por qué te fuiste estando tan mal? - esquivo mi mirada.

– Porque él me lo pidió, quería que encontrase a... alguien.

– ¿Ese alguien es el que le hirió? - pregunto curiosa.

– No sé si debería contártelo – responde indeciso.

– Bueno, creo que está comprobado que formo parte de eso. Si os han seguido y me ven salir del piso me gustaría saber quiénes son y por qué me atacan – intento persuadirle. Suspira y sonrío.

– Siempre se te ha dado muy bien liar a la gente hablando – comenta, imagino que recordando la noche que le robé las llaves. - Pero no me vas a dejar en paz hasta que te lo cuente, ¿verdad?

– Cierto, y estoy segura de que Dani quería que descansase, pero no lo haré hasta saber la verdad - continuo presionándole.

– Está bien – suspira -. Hace una semana dimos con otro colgante, un ángel lo estaba utilizando en... otra ciudad... a un par de horas de aquí. Pensamos que lo más seguro sería hablar con él y pedirle que nos lo diese. Cuando lo hicimos nos dijo que él mismo se encargaría de conseguir el colgante que tenía el humano para dárnoslo y nos pidió encontrarnos en su piso a medianoche. Pero nos descuidamos y el ángel nos tendió una trampa. Cuando fuimos a recoger el colgante él nos estaba esperando...

– Y fue ahí cuando hirió a Dani – interrumpo impaciente.

– Soy yo el que está contando la historia – responde Hugo molesto.

– Lo siento, continua, por favor – me disculpo juntando las manos y bajando la cabeza. Hugo se ríe divertido al verme hacer ese gesto. Es la primera vez que le veo reírse desde... creo que nunca le he visto reírse.

– El ángel se había marchado de la ciudad y nos dejó a su última víctima en la cama con un mensaje “Atrapadme si podéis”. Eso sacó a Dani de sus casillas y se puso como loco, una víctima y ni rastro de los colgantes no era lo que esperábamos encontrar. Nos subimos al coche y empezó a conducir siguiendo su instinto, que nos llevó hasta una gasolinera al amanecer. Allí pretendía cambiar de lugar con él para volver a casa a descansar, pero se empeñó en salir fuera a pagar la cuenta del carburante... yo debería haber salido... - no hace falta ser un genio para saber que todo pasó allí.

– No fue tu culpa Hugo, no podíais saber que estaba allí – intento animarle. Niega con la cabeza.

– Él lo sabía, fue directamente al baño y se enfrentaron. Cuando me di cuenta de que el coche del ángel estaba justo delante del nuestro fue demasiado tarde, Dani estaba en el baño con esa herida... por un momento pensé que estaba muerto... - y por un momento también ha parecido que Hugo iba a echarse a llorar pero con un suspiro ha logrado serenarse. - El ángel huyó antes de que pudiese atraparlo. Cogí a Dani y vine hasta aquí para curarle... necesitaba unas manos humanas para sacar...

– Vale, vale, no hace falta que recordemos cosas desagradables – interrumpo haciendo una mueca de dolor. Hugo vuelve a sonreír al mirarme y yo le devuelvo la sonrisa.

– Fuiste muy valiente.

– ¿Cuándo he dejado de serlo? - alzo la barbilla y me muevo el pelo con la mano. Los dos nos reímos durante un rato. Pero recuerdo la razón de la conversación y la sonrisa se borra de mi rostro

- ¿Lo has encontrado? - con la pregunta su semblante también cambia.

– Si, estaba en otro de sus escondites que ya conocía.

– ¿Y qué hiciste?

– ¿De verdad quieres saberlo? - no lo pregunta con chulería, está completamente serio.

- Creo que no – respondo bajando la cabeza y apartando ese pensamiento de mi cabeza -. Voy a salir a dar una vuelta.
- No creo que sea muy prudente en tu estado.
- Necesito despejarme, respirar aire puro. No me iré muy lejos, lo prometo – le miro a los ojos y sonrío. - Por favor.
- Te acompañaré a dar una vuelta por el edificio y volvemos.
- No - le corto, quizá demasiado precipitadamente. Pero no creo que se haya dado cuenta, es mucho más inocente que Dani. - Tienes que cuidar a Dani por mi - sé que he tocado el punto clave.
- No te preocupes, llevaré el móvil y si me siento mal volveré en el acto.
- Está bien. Pero ten mucho cuidado – parece que he aprendido a mentir mirando a los ojos.

Ya en el ascensor desenrosco el colgante de mi muñeca, pero espero a estar en el coche para ponérmelo. La verdad es que Hugo se ha convertido en un buen amigo en el tiempo que llevo viviendo en la casa, es con el que más contacto he tenido y a pesar de ser fácil de chantajear, se le da muy bien escuchar. Sonrío al recordar nuestra última conversación, me alegra que empiece a confiar a mí, ojalá Dani se pareciese un poco más a él en ese aspecto. La mezcla de cansancio y dolor que siento cuando el ala entra en contacto con mi piel me hace retorcerme en el asiento trasero del coche. Permanezco tumbada allí un rato, una hora, puede que más. La verdad es que en la oscuridad del garaje cualquiera perdería la noción del tiempo. Con las pocas fuerzas que he almacenado, me quito el collar y regreso al piso.

Haré esto hasta que Dani se recupere por completo o se dé cuenta y se quite el colgante. Es la única solución que nos permitirá vivir a los dos, al menos durante el tiempo que mi vida sea capaz de aguantar mientras la extraen gota a gota toda la energía. Pero eso me da lo mismo, es mi decisión y Dani no puede quejarse.



Han pasado dos semanas desde entonces. Hugo se sorprendió de la rápida mejora de Dani los primeros días, pero antes de la semana ya habían descubierto lo que hacía en mis paseos.

Una noche al regresar del asiento trasero del coche me encontré a Dani sentado en el sofá, que se había convertido en mi cama desde su convalecencia. No es que me diese vergüenza dormir con él, pero no quería molestar y a Hugo le tranquilizaba vigilarle sentado en una silla cerca de la ventana, dentro de la habitación, y a mí me pone muy nerviosa que me miren dormir y no iba a dormir en la cama de Hugo, es más en todo el tiempo que he estado en la casa nunca he entrado en su cuarto. Antes de que pudiese esquivar la mirada de Dani, Hugo me cerró el paso a las habitaciones y me indicó con la mirada que me sentase al lado de Dani. Él tomó una silla de la mesa y se sentó en frente. Bajé la mirada al suelo.

- ¿Por qué? - rompió la voz de Dani el silencio.
- ¿Por qué, qué? - rebatí.
- Lo sabes perfectamente y no tengo fuerzas para discutir – su tono de voz es serio y firme, seguro que ha estado planeando este discurso toda la tarde.
- ¿Y por qué no? - no iba a dejarle llevar las riendas de la conversación – Me siento inútil sin poder hacer nada, y podía hacerlo, lo he estado haciendo y no ha pasado nada. Sé que mi vida es importante para ti, pero estoy perfectamente, puedes verlo ahora mismo ¿no?
- Pero podrías no estarlo – me interrumpió alzando la voz. - Estoy harto de tus temeridades y de que pongas tu vida en peligro sin sentido.
- Es mi vida, puedo hacer con ella lo que me plazca – me puse de pie, dispuesta a dar por

terminada la conversación.

– No, es mía – pronunció esas palabras en bajo, como si en el fondo le entristeciese que así fuese, pero es cierto, ese fue el trato, mi vida.

Después de esa conversación me dejaron continuar haciendo lo que estaba haciendo, pero no puedo dejar de recordarla, la frustración que sentí cuando me encerré el baño a llorar, el enfado al no poder rebatir la palabra de Dani, siempre tiene que tener la última palabra y la razón. Supongo que no se puede evitar pero por una vez esperaba un gracias, y quizá esa sea la razón por la que cada noche espero a que todo esté en silencio para echarme a llorar. Dani no ha vuelto a salir del cuarto desde entonces y Hugo está ocupado con las compras y encargándose de los trabajos. Me gustaría ayudarle pero no me atrevo a mirarle. Estuvo presente durante la discusión y no dijo nada, pero seguramente su opinión no sea diferente de la de Dani.

– ¿Te encuentras bien? - Hugo me sorprende en mis pensamientos en mitad de la noche. Recojo con la mano una lágrima que aún recorre mi mejilla antes de incorporarme y dar la luz de la mesilla del sofá.

– No demasiado – no sé por qué le he dicho la verdad a una pregunta tan estúpida, pero supongo que es el único con el que puedo hablarlo o al menos desahogarme. Se sienta a mi lado en el sofá y me sonrío.

– Si quieres contarme cualquier cosa... lo que sea... estoy aquí.

– Quieres que te hable también de los dolor premenstruales – intento bromear.

– Bueno, ahí no puedo hacer mucho – parece que la broma ha surtido efecto, Hugo se relaja y se apoya en el respaldo, con las manos sujetándose la cabeza desde atrás.

– En realidad... no soporto que Dani critique todo lo que hago – termino por confesar después de un minuto de silencio – estoy cansada de que no vea lo que hago, de que se lo tome mal ¿tanto le cuesta darme las gracias? Parece que estuviese deseando morir... - rompo a llorar, es la primera vez que lo digo en voz alta y me afecta más de lo que esperaba. Hugo suspira.

– Él tiene sus propias prioridades y no está acostumbrado a que los demás se... sacrifiquen por él - hace una pausa. - No esperábamos que te mudases con nosotros y mucho menos todo lo que estás haciendo, nos has pillado por sorpresa y ninguno sabemos muy bien cómo actuar – la sinceridad de Hugo es adorable, sonrío al infinito mientras continúo escuchándole – Tampoco esperábamos que sucediese lo del... ataque, pero supongo que a mí no se me nota tanto porque ya me he acostumbrado y no soy demasiado hablador, pero a Dani le cuesta. Creo que nunca nadie nos había preparado la comida sin que pagásemos por ello y mucho menos curarnos las heridas. Está nervioso porque te has salido de su plan, y no le gusta que las cosas se escapen de su control.

– Entiendo – bajo la cabeza y centro mi mirada en cómo mis dedos juegan entrelazados en mis muslos. No lo había pensado desde su punto de vista, él ha trastocado mi vida, pero yo también he cambiado la suya – gracias.

– No me las des, tienes razón en que él debería dártelas a ti, pero es demasiado orgulloso para reconocerlo.

– Bueno, no pasa nada, mientras se recupere... - una idea cruza mi mente -. Tengo una pregunta.

– Dime – me mira con curiosidad.

– A los ángeles os han metido en un cuerpo, por así decirlo ¿no? - asiente con la cabeza – Entonces, cuando estáis heridos ¿no podríais simplemente cambiar de cuerpo?

– No es tan simple – responde casi de inmediato – los recipientes son únicos, una vez que los ocupamos el cuerpo puede sobrevivir el mismo tiempo que el alma que en él reside – y así tira al traste mi teoría sobre el intercambio, suspiro.

– Entonces ¿sois inmortales? - ahora soy yo la que tiene curiosidad.

– Todo lo material perece algún día, incluso el alma tiene algo de materia, lo que tú puedes ver seguramente lo sea – eso me recuerda que nunca me he fijado en las alas de Hugo, acostumbrada

a verlo con traje, sus alas se mimetizan con él, pero ahora, con su pijama azul celeste puedo ver destellos grises en ellas.

– Gracias por contarme todo esto – sonrío – gracias por confiar en mí.

– Dani opinaría que soy estúpido – comenta a la vez que se levanta del sofá con ayuda de los brazos. Le cojo del brazo antes de que se marche.

– No creo que seas estúpido... creo que eres sincero e inocente y no deberías dejar de serlo nunca - me sonrojo al terminar la frase.

– Gracias – me sonrío antes de despedirse con un beso en la frente y marchase a su cuarto.

Cuando escucho como se cierra la puerta pienso que ha sido la mejor noche que he pasado en mucho tiempo, creo que puedo decir que durante un rato he sido feliz. Echando memoria, desde que estoy en la casa en todos los recuerdos felices aparece Hugo. Sonrío como una idiota mientras me tumbo en el sofá, me arropo con la manta y me quedo dormida.

A la mañana siguiente parece que Hugo ha hablado con Dani porque antes de marcharse, en el desayuno, me comunica que ahora soy yo la que se encarga de cuidarle mientras él ocupa su lugar en el mundillo de los ángeles caídos, como he decidido rebautizarles, oscuro tiene un trasfondo negativo que no hace honor a todos los ángeles. La noticia me ha dejado un extraño sabor de boca, me alegra poder pasar tiempo con Dani y ayudarlo, pero a la vez me entristece pensar que tardaré en tener otra charla con Hugo, que es lo que me ha mantenido cuerda el último mes.

Ahora preparo la comida, le ayudo a levantarse y a caminar hasta el comedor y el baño, y paso las noches en la cama con Dani. Hugo ha vuelto a su cuarto, aunque últimamente pasa mucho tiempo fuera de casa y casi no podemos hablar, lo cual echo enormemente de menos. Ya puedo llevar el colgante puesto todo el día. Los dos, Dani y yo, estamos cansados, pero así la carga se reparte. Tampoco le escucharía si me dijese algo. Suele insistir en que me lo quite un par de veces al día, pero la cadena de oro impide que Hugo o él me obliguen a hacerlo. Además no puede perder fuerzas en algo tan estúpido como discutir conmigo. He de reconocer que le estoy cogiendo cariño al nuevo Dani lisiado y callado, y a pesar de que hable poco también me sirve como terapia y aprovecho las noches para contarle como me siento mientras él escucha con los ojos cerrados. Hay veces que no sé si está dormido o escuchándome, pero no me importa, ya he dejado las cartas sobre la mesa, que haga con ellas lo que quiera.

En unos días ya ha sido capaz de dar sus primeros pasos él solo y ha empezado a hablar con más fluidez así que le voy a preparar un pastel para celebrarlo, esta vez siguiendo la receta del libro.

– ¿Qué estas cocinando? - su voz me sobresalta mientras decoro el pastel.

– ¿Se puede saber qué haces aquí?, deberías estar en la cama. Aún no estás recuperado - en estos momentos no puedo evitar pensar que parezco su madre, pero en verdad no sé si alguna vez la ha tenido. Voy hacia la puerta, donde me espera apoyado en el quicio descansando, y le ayudo a llegar hasta una de las sillas del comedor para que se siente. - Le he enviado un mensaje a Hugo para que esté aquí a la hora de cenar y nos ayude con la tarta.

– Espero que no sea como la de tu cumpleaños. No quiero volver a la cama por una intoxicación - ya vuelve a las andadas de meterse conmigo, pero no me enfado. Sonrío, eso quiere decir se está recuperando. - Vaya, estoy perdiendo facultades. Me esperaba una respuesta de tu parte y no esa sonrisa de idiota - me sonrojo y le golpeo el hombro.

– Cierra el pico. No me gusta pegar a los enfermos.

– Que considerado de tu parte. Deberías aprovechar ahora, porque cuando me recupere ya no serás rival para mí.

– Vamos, creo que te está subiendo la fiebre, ¿acaso has olvidado con quién estás hablando? -

respondo desafiante.

– Creo que eso lo has olvidado tú, querida.

– Yo lo sé perfectamente - respondo haciendo muecas con la cara y con voz de burla. - Hablo con un angelito en un cuerpo de adulto que no puede comer la sopa sin ayuda.

– Muy graciosa - se da la vuelta en la silla para darme la espalda. No estoy segura de si se ha ofendido o sigue con la broma.

– Oh, y ahora el niño se enfada y se va a llorar - no puedo evitarlo, estos momentos de comedia me recuerdan a Carlos, Marta... todas esas peleas estúpidas que terminaban en gracias y esas bromas interminables que duraban hasta que uno se rendía. Pero Dani no responde. Quizás me haya pasado un poco. - Era broma, lo sabes - me levanto y me coloco en cuclillas delante de él. Tiene la mirada perdida - Dani, ¿te encuentras bien?

– Si - miro a través de sus ojos. Parece estar recordando algo.

– ¿Quieres hablar de algo? ¿contarme algo? - suspiro y añado - quizá el final de esa historia que dejamos a medias en mi habitación ¿Quieres que te acerque al sofá?

– De acuerdo – acepta después de un rato en silencio. Le sujeto el brazo con la mano mientras con su otra mano se da impulso para levantarse de la silla. Sentado en el sofá, sube los pies a la mesa baja del salón y cierra los ojos. Alcanzo una manta que siempre tenemos colocada en una de las abrazaderas del sofá y se la extiendo por encima. - Gracias.

– De nada ¿quieres algo más? - pregunto.

– ¿Puedes quedarte aquí conmigo? - el tono de su voz es como la de un pobre niño que le pide un dulce a su madre.

– Claro - me tapo yo también con la manta y pego mi cuerpo al suyo para que sepa que estoy ahí. Mueve la mano acariciándome el brazo hacia abajo, hasta que nuestros dedos se entrelazan debajo de la manta.

– Gracias por todo lo que estás haciendo.

– Ya te he dicho que no importa, deja de dármelas - cierro los ojos yo también y me recuesto en su hombro con una sonrisa. Por fin lo ha hecho, quizá Hugo se lo haya contado, pero pensándolo bien no creo que lo haya hecho.

– ¿Por qué lo haces? Te he obligado a alejarte de tu familia, a dormir en mi cama... y aún así estas aquí cuidando de mí.

– También me diste la posibilidad de vivir, y tome la decisión, con todas las consecuencias. No me arrepiento de nada de lo que ha pasado. Aunque no puedo dejar de preguntarme por qué no estoy muerta. Es lo único para lo que sé que Hugo no me puede dar respuesta.

– No quiero que los humanos mueran. Has hablado demasiado con él, ya deberías saberlo.

– Hugo ya me lo comentó, pero... - aprieto los dedos y él me devuelve el apretón.

– Hay cosas que Hugo no sabe de mí, y que nunca sabrá. Ya te ha contado suficiente de nosotros.

– ¿Quieres contármelas? - el silencio responde a mi pregunta. - Venga, si has dicho eso es por algo, Hugo me ha contado lo básico, lo general, te prometo que no se lo contaré a nadie - y no lo haré, pero no estoy segura de que quiera saber toda la verdad y sé que para él significa mucho más que contar una vieja historia. - Tú lo sabes todo de mí, no es justo que yo no sepa nada de ti.

– Haré una excepción por esta vez - me acaricia la cabeza con la barbilla. - ¿Hugo te habló de la propuesta que hizo un ángel para curar a los humanos?

– Si.

– Creo que ya habrás deducido que ese ángel fui yo - respira profundamente – pero no debía pasar lo que pasó - sonrío, parece que los planes no le suelen salir bien, al menos en ese punto y conmigo. – En el mundo humano observé a los científicos y pensé que quizá fuese posible intentarlo. Le conté la idea a mi mejor amigo y juntos empezamos a experimentar. Pero él siempre quería ir más allá, y yo me negué. Sentía como la vitalidad de las personas cedía poco a poco hasta que morían o simplemente morían súbitamente – esta vez es su mano la que aprieta la mía, así

que le devuelvo el apretón. - Yo se lo conté al resto de ángeles, no sabía cómo hacer que se detuviese, cómo lograr que parase los experimentos. Pero se lo tomaron como un insulto a nuestra raza y a los humanos. Mi compañero enloqueció antes de que llegase el día del juicio y la guardia lo mató al día siguiente, sin hacer preguntas ni dar respuestas. Nuestros seguidores crecieron con esa masacre, pero le seguían a él, no a mí...

- Pero, si tú no hiciste nada malo ¿por qué estás aquí?

- Fue mi culpa que él muriese, lo delaté. Bajé voluntariamente con el paso de los años al ver que todo se estaba descontrolando y los ángeles empezaban a matar humanos - en silencio intento imaginar a un Dani amable, que sería capaz de dar la vida por otro. En el fondo, estoy viva gracias a él, simplemente se ha vuelto un poco más... orgulloso. - Seguro que ahora te estarás preguntando cómo alguien tan bueno se ha convertido en lo que soy.

- Tu esencia se ha envenenado - deduzco al instante. Deja escapar una carcajada.

- Mira mis alas - Abro los ojos y me siento en su regazo para verlas mejor - ¿cómo son?

- Pues... negras, grandes - respondo, nunca había pensado que las alas pudiesen ser diferentes unas de otras.

- ¿Están completas? ¿Les falta alguna pluma?

- No.

- Tócalas - nunca me había planteado que las pudiese tocar. Pensaba que eran algo inmaterial, que no eran sólidas a pesar de ser opacas - No te van a hacer daño, tranquila - acerco la mano y siento un cosquilleo en los dedos. Mis dedos atraviesan las plumas negras como si en su lugar no hubiese otra cosa que aire, pero siento que si la hay. Es como una sensación extraña, como cuando se te duerme un pie o un dedo. Y él parece notar también que estoy jugando con los dedos porque sus alas se agitan.

- Es... extraño.

- ¿Qué sientes?

- Tranquilidad, paz - pienso lo que acabo de decir. - Entonces tu esencia no está envenenada - le miro fijamente a los ojos.

- Exacto, siempre he sido así - sonrío.

- Pues menudo ángel de pacotilla - ambos nos reímos. Y al inclinarme hacia delante nuestras caras se quedan apenas separadas por un par de centímetros. Termino de recorrer esa distancia y le beso en los labios mientras mi corazón se desboca y las mejillas me arden. Al separarnos, atrae mi cuerpo hacia él con las manos agarrando mi cintura y nos volvemos a besar. Paso mi mano por su cuello y mi respiración poco a poco se convierte en un jadeo. El ruido de las llaves nos obliga a separar nuestros cuerpos. Antes de que Hugo llegue al salón me pongo de pie y la manta se cae al suelo.

- ¿Dónde está la tarta? - afuera está lloviendo porque Hugo viene con el abrigo chorreando.

- Se está enfriando en el frigorífico, voy a por ella - con la mirada en el suelo y el pelo cubriéndome la cara, paso a su lado y llego hasta la cocina intentando disimular mi excitación.

Mientras termino de preparar los adornos del pastel les escucho hablar, pero no alcanzo a oír lo que dicen. Cuando entro en el salón con los platos, cubiertos y el pastel se callan y me miran, así que seguramente hablaban de trabajo.

- Tiene mejor pinta que el último - comenta Hugo. Ya están los dos sentados en la mesa.

- Bueno, no te oí quejarte de que estuviese malo. Fuiste el que más comiste.

- Me gusta el dulce - se defiende mientras coge una cuchara y se prepara para comer.

- No hace falta que lo jures - no me atrevo a mirar a Dani, pero por suerte no dice nada durante la merienda. Hugo le acompaña a la habitación mientras yo recojo los platos. No puedo dejar de revivir en mi mente lo que acaba de pasar. ¿Ha sido efecto de que sea un ángel? Sé de sobra que no, soy inmune a ese hechizo porque no siento nada por Hugo, bueno, amistad, aprecio. Sin

embargo, mi corazón se ha acelerando tanto como la primera noche que nos conocimos. Pero esta vez no había amenaza en sus ojos, solo miedo y placer. Al besarle sentí todo lo que él sentía, que era lo que yo también sentía. Todo ha sido una locura, un torbellino de sensaciones, es un ángel y yo su provisión de energía. Él es eterno y yo una simple mortal. Pero llevamos ya mucho tiempo unidos por el colgante, compartiendo algo más que energía...

En el espejo del baño intento entretenerme antes de ir a la habitación donde Dani me espera en la cama. Después de lo que ha pasado, mi corazón no para de latir sin control, y en mi rostro se dibuja una sonrisa que no soy capaz de borrar. ¿Y si siempre he sentido esto? El deseo de estar con él, verle, besarle, que me aceptase, puede que de forma inconsciente lo haya deseado. Y ahora que soy consciente de mi deseo, y se ha hecho realidad, un montón de preguntas y miedos inundan mis pensamientos.

Cierro la puerta con cuidado. Con suerte Dani estará dormido y podré pensar durante la noche en todo lo que ha pasado, que en verdad es nada, pero para mí ahora, y desde que llevo el colgante, es mi mundo. Me arropo entre las sábanas y mi mano se mueve por voluntad propia buscando la cálida piel de Dani. Su respiración, pausada, se interrumpe un segundo al entrelazar nuestros dedos.

- Lo que ha pasado... - me giro hacia él, poniéndome de costado.
- ¿No querías que pasase? - le interrumpo.
- No he dicho eso - en silencio oigo como traga saliva. - No te puedes enamorar de mí.
- Eso no es algo que pueda elegir. Yo...
- No hace falta que me lo expliques.
- Pues no me pidas imposibles - he ido alzando cada vez más el tono de mi voz sin darme cuenta, así que me calla con un beso en los labios que termina demasiado rápido y me susurra al oído.
- No queremos despertar a Hugo ¿verdad?
- Lo siento.
- Ambos tenemos sentimientos el uno por el otro, pero somos diferentes.
- No me importa.
- A mi sí.
- ¿Por qué? - intento serenarme y hago un esfuerzo por entenderle. Él lleva noches escuchándome, ahora me toca a mí.
- No quiero hacerte daño – suspira. – Además, puede que esto sea el efecto placebo que tenemos los ángeles en los humanos.
- Creo que en nuestra primera cita quedó comprobado que no funcionaba conmigo – la aclaración ha sonado más repipi de lo que pretendía.
- Necesito saber el por qué, entenderlo - es algo que nunca he contado. El gran secreto que nos unía a mi abuela y a mí. Llevo mucho tiempo preparándome para contarle pero... Cierro los puños y me acerco más a Dani para que me pueda oír mejor.
- ¿Recuerdas nuestro primer trato?
- Por supuesto.
- Te mentí - cojo aire y lo dejo escapar lentamente. – Mi abuela me contó algo más que eso. Ella también tenía un colgante como los nuestros - intento organizar las ideas en mi cabeza –. Nunca conocí a mi abuelo y tampoco había fotos de él. Mi padre tampoco nos habló a mi hermano y a mí de él, creo que no llegó a conocerle. Simplemente es como si no existiera. Pero yo veía en los ojos de mi abuela el anhelo de que algún día volverían a estar juntos y se lo pregunté....
- *Aya, ¿qué hay en la ventana? - era la Nochebuena de mi cuarto cumpleaños. Mi abuela estaba sentada sobre su mecedora, con las piernas tapadas por una manta, y mirando a través de la ventana el paisaje nevado. Mi hermano y mi padre veían una película en la televisión de la sala de al lado.*

- Nada hija, solo las estrellas. ¿Qué haces despierta tan tarde?
- Quería atrapar a Santa Claus - respondo con energía. Sonríe y me coge en brazos, colocándose entre sus piernas y tapándose con la manta.
- Pues le esperaremos juntas.
- ¿Va a venir el ayo a comer mañana?
- El ayo no va a venir nunca.
- ¿Está en el cielo?
- No - parece estar cansada de hablar, pero sigo preguntando.
- Entonces ¿por qué no viene?
- Si dejas de preguntar y estas en silencio, te contaré un cuento.
- ¿Un cuento sobre el ayo?
- Si - me remuevo de alegría entre sus piernas. Agarro con fuerza su mano con mis deditos y escucho atenta. - Había una vez una princesa muy muy bella que vivía en un palacio...
- ¿Esa princesa eres tú, aya?
- Habíamos acordado que estarías callada o ¿no quieres escuchar la historia?
- Si, si, me callo.
- Bien ¿dónde lo habíamos dejado?
- En la princesa.
- Ah sí. La princesa vivía en un palacio enorme, casi tan grande como una ciudad y todas las noches celebraba fiestas a las que invitaba a todo el reino. Sus padres la querían mucho y nunca la dijeron con quién debía casarse ni enamorarse. Así que era una princesa muy feliz que soñaba con encontrar a su príncipe azul. Y un día, en una fiesta, se enamoró de un forastero. Era un hombre muy guapo, con un oscuro secreto, que no tardó en compartir con ella, porque se amaban, y entre los enamorados no hay secretos. La princesa tenía mucha curiosidad por ver el secreto de su enamorado, y es que según cuenta la leyenda, en su espalda tenía dos preciosas alas. Él prometió concederle su deseo en la noche de bodas. Y así comenzaron los preparativos de su casamiento. La boda fue la más bonita que jamás se celebró en el reino. Duró seis días con sus seis noches, y a la séptima noche el príncipe le dio un brebaje a la princesa para que pudiese ver su secreto. Y lo vio, y se enamoró aún más. Y vivieron felices y comieron perdices.

– ¿Crees que ese brebaje llegó hasta ti? - interrumpe Dani la historia, obligando a la niña de cuatro años a volver a la realidad.

– Bueno, nunca le he preguntado a mi padre si puede ver... las alas. Pero sé que mi madre nos abandonó por irse con... uno de los vuestros. Así que eso explicaría por qué no hizo nada para reconquistarla. Sabía que era imposible - al terminar la frase me doy cuenta de que es posible que mi madre ya no esté viva, solo recuerdo la despedida y su melena moviéndose al viento en una moto que conducía un señor con capa, o lo que yo pensaba por entonces que era una capa.

– Tiene sentido.

– Nunca le había contado esto a nadie.

– Bueno, entre los enamorados no hay secretos - se inclina sobre mí y nos besamos. - Pero el príncipe debería estar muy enamorado para hacer eso.

– ¿Tú lo habrías hecho por mí si no pudieses verlas?

– Es posible. Pero si no pudieses verlas no habrías llamado mi atención aquella noche. Así que dejemos las cosas como están, tienes que descansar.

– De acuerdo - abrazados bajo las sábanas, no tardamos mucho rato en dormirnos y se queda flotando en mi mente la pregunta de si realmente existe un brebaje capaz de hacer lo que mi

abuela me contó en el cuento.

Dani ya casi ha recuperado las fuerzas, y con ellas el efecto del colgante vuelve a ser lo que era antes. No soy capaz de levantarme de la cama. Tampoco es que quiera hacerlo, no me importaría morir abrazada a él. Pero ya ha notado que me cuesta respirar. Me acaricia la mejilla y su sonrisa se convierte en preocupación.

– Estas helada.

– Estoy bien - me falla un poco la voz al final y tengo que coger aire por la boca.

– Quiero que te quites el collar – más que una sugerencia parece una orden – o lo haré yo.

– No hace falta que lo hagamos ninguno de los dos, casi estas curado – susurro con los párpados entreabiertos, no tengo la fuerza suficiente para mantenerlos abiertos.

– De acuerdo – responde. Sin decir una palabra más se levanta de la cama y se marcha de la habitación, cerrando la puerta con un portazo. El mismo que escucho cinco segundos después, pero de la puerta del piso. Y empiezo a recuperar fuerzas.

Paso el resto de la mañana dándole vueltas a lo que acaba de pasar. Seguro que ahora Dani está pensando que no podemos estar juntos porque me mataría al poco tiempo. Pero necesita de mi energía para terminar de curarse. Después de eso podremos llevar una vida normal... bueno, si entendemos como normal que podré quitarme el colgante y estar a su lado.

Un par de golpecitos en la puerta, demasiado suaves para tratarse de Dani, me devuelven a la realidad. Hugo asoma la cabeza por el hueco que queda entre la puerta y la pared.

– Dani va a volver a casa en un rato. Dice que te quedes en la cama y él estará en el salón recuperándose - asiento con la cabeza y cierro los ojos, concentrándome en los sonidos que me rodean mientras contengo las lágrimas dentro de mis ojos.

Al cabo de un par de cuartos de hora escucho el timbre de la puerta y oigo crujir los muelles del sofá. Así que en silencio me levanto y voy hasta el salón, apoyándome en las paredes.

– ¿Qué estás haciendo? - Dani está muy enfadado cuando me ve aparecer.

– ¿No puedes decirme las cosas a mí? - me siento en el sofá a su lado. – Igual que has llamado a Hugo podrías haberme llamado a mí.

– Estaba enfadado, no quería que me oyeses así.

– Sigues enfadado – recalco.

– Si, esto...

– Déjame adivinar, no lo habías planeado - evita mi mirada. – Después de vivir tantos años deberías haber aprendido que las cosas no siempre suceden como uno quiere y mucho menos tal y como las planeamos. Además, tú mismo lo dijiste, lo nuestro es... complicado.

– No recuerdo haber usado esa palabra.

– La prefiero a pensar que es imposible.

– Quizá lo sea. Y ahora vuelve a la cama antes de que empieces a convulsionar por el frío.

– ¿Por qué me diste el collar si estabas enamorado de mí? - ataco, más con la intención de recibir una explicación que hacerle daño, pero solo consigo que aparte la mirada.

– No ha sido así desde el principio – responde en voz baja mirando al suelo.

– Bueno, pues ahora lo es, en cuanto te mejores me lo quitaré y ya está.

– No es tan sencillo. Vete a la cama, lo hablaremos cuando estés en mejores condiciones - me molesta dejar una conversación a medias, pero estoy tiritando de frío y tiene razón.

Hugo me acompaña hasta la habitación, estoy segura de que ha escuchado toda nuestra conversación, pero no he sido consciente de que estaba en el salón con nosotros. Antes de que

pueda marcharse del cuarto le retengo con la mano y le obligo a sentarse a mi lado en la cama.

– No tienes que darme explicaciones – comenta al rato. No le he soltado el brazo e imagino que estará preocupado por Dani pero necesito hablar con él.

– Esperaba que tú me las dieras a mí – trago saliva y continuo sin rodeos - ¿por qué hay algo más? ¿he hecho algo malo para que Dani se enfade? No logro entenderlo y... si le pregunto ahora sé que no me responderá.

– No eres la primera chica que Dani utiliza como soporte. Es su forma de alimentarse, está en contra de... la forma tradicional de hacerlo. - directo al tema - Pero encontrar a chicas dispuestas a hacerlo no es fácil, incluso con nuestra atracción natural lo máximo que puede aguantar un cuerpo normal son un par de meses.

– Pero yo... - intento echar la cuenta del tiempo que llevo con el colgante.

– Eres un caso especial, Dani lleva un tiempo intentando averiguar por qué, supongo que desde que... se enamoró de ti, pero eso no me lo contó hasta esta mañana.

– ¿Cuál es la forma tradicional de... alimentarse? - pregunto. Tengo miedo de lo que pueda responder pero creo que es importante que lo sepa para poder comprenderlo todo.

– Es más agresiva que el colgante. Con los dos métodos puedes extraer la misma vitalidad – aclara – pero la forma tradicional es mucho más dolorosa para la víctima. No sé explicártelo muy bien.

– Inténtalo, estoy preparada para lo que sea – quiero transmitir confianza pero creo que lo único que he conseguido ha sido preocupar a Hugo porque su expresión se ha vuelto más dura con mi último comentario.

– Yo no lo definiría como forzar, pero tienes que tener contacto con la piel de la persona y después es como... absorber – hace una pequeña pausa. - Claro que hay zonas del cuerpo en las que absorber resulta más simple y... placentero supongo....

– Vale, vale, para, lo he entendido – le corto – he pillado la idea.

– Para los ángeles es algo normal pero a Dani le resulta desagradable.

– Respeta mucho a las personas pero me necesita, ¿no?

– Así es, de momento no ha encontrado a otra persona y necesitamos comer de vez en cuando.

– Pero coméis comida normal también, quiero decir, ¿no es suficiente con eso?

– No, la vitalidad es como el agua para vosotros.

– Entiendo – bajo la mirada al suelo, creo que es hora de dormir. Sin dar por terminada la conversación me meto en la cama. Hugo entiende lo que quiero decir y se marcha cerrando la puerta tras de sí. Al volver junto a las sábanas la primera lágrima no tiene tiempo de recorrer mi mejilla antes de que me haya quedado dormida.



Ya han pasado casi dos meses desde que Dani me abandonó, sin dejarme siquiera una nota, abandonaron la casa sin despedirse, pero la razón estaba clara. Es idiota y no quiere hacerme daño. Desde entonces le sigo la pista, a él y a Hugo. No pienso dejarle escapar, mi vida sin él ya no tiene sentido. Sé que continúa llevando el colgante, pero cada vez que empiezo a sentirme cansada, la sensación se va de golpe. Se quita el collar y tengo que volver a empezar. No es muy complicado encontrar las fiestas nocturnas de los ángeles caídos, pero ahora es Hugo el que se encarga de dirigirlos. Algunas veces he esperado hasta la madrugada para seguirle de camino a su nueva casa, pero termina descubriéndome. A pesar de todo, siguen sin marcharse de la ciudad. Supongo que por alguna razón que desconozco intentan mantener a todos los ángeles juntos en una misma ciudad.

Esta noche será diferente. Desde mi escondite observo a Hugo cerrar la puerta del almacén y subir

al deportivo. En el horizonte, los primeros rayos del sol empiezan a asomarse. Arranco el motor y le sigo por la carretera con las luces apagadas. Dani tuvo el detalle de dejarme las llaves del coche y las de la casa, supongo que en un intento de que me quedase allí hasta que mi “retiro espiritual” llegase a su fin y volviese a casa. Mi colgante descansa sobre el asiento del copiloto. Mantengo la distancia entre los dos coches hasta que llegamos a la ciudad. Doy las luces y dejo que un par de coches se intercalen entre nosotros. Se desvía en el parking del hotel más lujoso de la ciudad y le da las llaves al aparcacoches. Aparco al otro lado de la calle, guardo el colgante en el bolsillo y la cruzo corriendo sin pararme a mirar si vienen coches.

Atravieso las puertas giratorias y corro sobre una alfombra roja, ignorando a una azafata que me indica que no se puede correr. Alcanzo a ver a Hugo montándose en uno de los ascensores. El botón del decimocuarto piso está encendido. El único ascensor que queda libre está ocupado por una señora mayor, que amablemente me invita a entrar. Por suerte, vamos a la misma planta y no creo que a Hugo le haya dando tiempo a verme mientras se cerraban las puertas de su ascensor.

No puedo dejar de mover las piernas. Ni siquiera escucho lo que me está contando la señora, seguramente batallitas de sus tiempos. 10.....11.....12.....13.....14... Salgo corriendo pasando entre las puertas del ascensor que aún están a medio abrir y dejando a la anciana con las palabras en la boca. El pasillo está vacío, pero veo como la última puerta se cierra lentamente. En silencio me acerco y apoyo la oreja. No logro escuchar nada. Me maldigo a mi misma por haber sido demasiado lenta, pero al menos he encontrado su escondite sin que me descubran.

A mi lado veo a la señora del ascensor que, cargada con las maletas, me observa divertida.

– ¿Persiguiendo a tu enamorado?

– Algo así, si - respondo, y me dejo caer al suelo, sentándome sobre la moqueta.

– Pues creo que tengo la habitación de al lado de tu amiguito - me guiña un ojo – y según me ha dicho el recepcionista, un chico muy amable y guapo, mejor partido que el hombretón tras el que vas detrás, pero yo no me meto en esas cosas, las niñas de ahora tenéis unos gustos muy raros, me ha dicho que los balcones están conectados - me pongo rápidamente de pie.

– ¿Quiere que le ayude con las maletas?

– Por supuesto querida, a cambio te dejaré ver el balcón - vuelve a guiñarme el ojo. La respondo con una sonrisa y agarro las maletas. Parece que lleve piedras guardadas porque puedo con ellas a duras penas. - Hay que ver los jóvenes de hoy en día, solo os movéis por el interés.... - se sumerge en otro interminable monólogo mientras va hacia la cama.

Aprovecho para dejar las maletas a los pies y abrir el balcón. Efectivamente, a la izquierda hay una valla de color verde que separa la terraza. Saltarla no será un problema porque mide menos de metro y medio. Entre las rendijas compruebo que no hay nadie al otro lado y la salto sin despedirme de la anciana.

Las cortinas color canela no me dejan ver el interior del cuarto y dudo de que las puertas de la terraza se puedan abrir desde fuera. La ventana del baño está demasiado separada como para llegar a ella sin que mi vida peligre. ¿He llegado hasta aquí para nada? ¿para rendirme? La puerta del balcón se abre.

– Me ha parecido escuchar un ruido... - Dani está mirando hacia el interior de la habitación, seguramente hablando con Hugo. Me lanzo a sus brazos y le pillo desprevenido, porque ambos nos caemos al suelo dentro del cuarto - ¿Qué estás haciendo aquí? - pregunta sorprendido mientras sostiene mi cuerpo con sus manos.

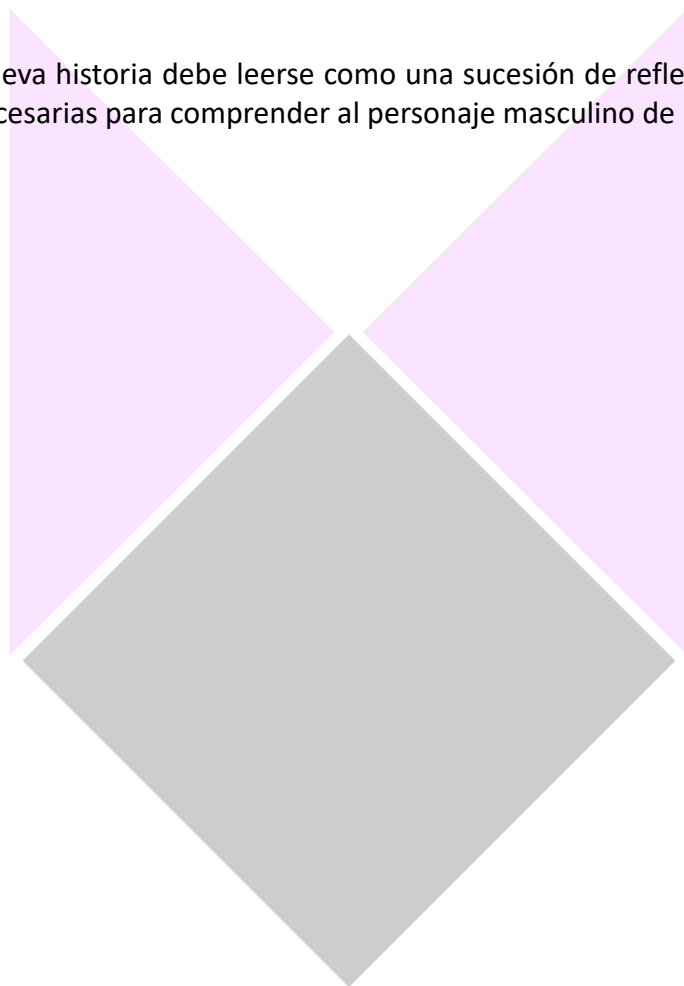
– Hacer realidad un imposible.

CAMINANDO EN LA OSCURIDAD

OSCURO REVERSE

Éste nuevo capítulo se puede considerar un epílogo que recoge los pensamientos de dani durante algunas partes clave de la historia de oscuro y que completan la información dada sobre la otra dimensión, la organización de los “ángeles” y otros asuntos relevantes que no se desvelan en la historia.

Más que como una nueva historia debe leerse como una sucesión de reflexiones sobre la obra en la que está basada, necesarias para comprender al personaje masculino de la misma.



Cada noche es lo mismo, si no fuese por el calendario no sabría diferenciar un día del siguiente, pero es el precio que he de pagar por mi error. Hugo, mi compañero desde que llegué a la ciudad, termina de dar las instrucciones al resto de chicos que permanecen de pie sobre la pista de baile. Nos turnamos para realizar la misma charla cada noche, aunque la mayoría de los chicos son habituales no quiero correr el riesgo de que algún novato desconozca las seis normas de la discoteca y de la ciudad.

Desde la zona vip escucho a Hugo enumerarlas levantado la mano, alzando los dedos con el nombramiento consecutivo de cada una de ellas.

1. Prohibido matar. Evidentemente si no queremos llamar la atención es importante que no se produzcan muertes en masa y si alguien tiene un pequeño desliz, debe reportárnoslo inmediatamente para que podamos solucionarlo de la mejor manera posible.

2. No está permitido mantener contacto con las chicas fuera de la discoteca, ni empezar una relación sentimental ni hacer nada que pueda herirle o llamar su atención de cualquier modo. De la que se extrae la siguiente regla.

3. No se puede forzar a la pareja a hacer algo que no quiera.

4. Durante el día cada uno realizará sus deberes como humano sin llamar la atención de las autoridades ni del resto de humanos.

5. Se puede viajar, pero lo mejor es no hacerlo y en caso de marcharse, avisar del plan completo, dónde se va, durante cuánto tiempo y forma de alimentación. La mayoría de nosotros preferimos no viajar ya que hemos perdido la habilidad de movernos entre dimensiones, quedando encerrados en el mundo terrestre como castigo. Pero por esto mismo algunos ansían viajar, moverse, aunque ello conlleve un montón de riesgos que cumpliendo la siguiente regla se pueden reducir.

6. Ser un fantasma, un vago recuerdo. Es la norma a lo que todo se reduce y nos permite vivir en una paz relativa. Hugo y yo nos encargamos de reparar lo mejor que podemos los errores que algunos cometen, bien por el frenesí del momento o por pura corrupción. En este mundo controlar los sentimientos es terriblemente complicado. Yo no pedí ser nombrado nada aquí, pero mis compañeros necesitaban ayuda y todos aceptaron de buen grado cumplir las seis reglas que establecí. El miedo a la muerte, a desaparecer, se había extendido entre los que en un principio pensaban purgar a la humanidad de los pecados, y ahora ya eran pocos los que todavía trataban de seguir buscando ese ideal. La mayoría solo querían continuar con una tranquila existencia hasta el fin de los días, ajenos a los crímenes que algunos de sus compañeros cometen y de los que yo he decidido encargarme. Ese fue y sigue siendo mi propósito, la razón por la que estoy aquí.

En tan solo un par de siglos he logrado que la humanidad haya olvidado nuestra existencia e incluso nuestra presencia les pase desapercibida. No resulta fácil coordinar a los casi cien miembros que somos para no llamar la atención, y cuando uno nuevo aparece también hay que situarle en la sociedad de modo que no llame la atención. En lo que los humanos llaman Edad Media, todo eso resultaba mucho fácil, podías ser un viajero y nadie te pedía un documento de identidad, una partida de nacimiento... en pleno siglo veintiuno las cosas han cambiado mucho. Por eso, y con el paso del tiempo, cada uno de nosotros se ha ido especializando en algún tipo de arte, ya sea falsificador, estilista, médico... porque aunque antes pasar desapercibido era más fácil, nuestra existencia infinita en relación a la de los humanos nos obligaba a cambiar de lugar cada cierto tiempo. Ahora con todas las innovaciones, tintes, operaciones... cambiar de peinado e incluso de cara resulta muchísimo más simple y nos permite permanecer en un punto centralizado, de referencia para los viajeros y recién llegados.

No me gusta depender de Hugo, pero no me puedo encargar de todas las cosas yo solo y desde que abandoné la dimensión, mi dimensión, el lugar en el que surgí, estoy cansando. No es un

cansancio físico como el que sienten los humanos después de realizar alguna actividad física, es más parecido al cansancio que experimentan cuando están enfermos, el cuerpo te pesa, no tienes fuerzas para hacer nada. Nunca he compartido esta preocupación con el resto de nosotros pero porque no considero que seamos una familia, en el fondo, no existe siquiera una unión de grupo. Hugo es mi único apoyo y aunque no se lo haya dicho directamente estoy seguro de que intuye algo. Es algo torpe pero sabe lo que debe hacer y pocas veces se despista.

La única teoría que he logrado establecer acerca de este cansancio es la pureza del alma que encierra el cuerpo humano que la contiene y mantiene viva, quizá el recipiente no sea lo suficientemente fuerte para resistirla. Pero no tengo modo de averiguarlo, la persona más erudita que se encuentra entre nosotros soy yo mismo, si solo Miguel estuviese entre nosotros... Los altos cargos en la otra dimensión se encargaron de darle muerte, y eso fue la causa de todo el revuelo y su consiguiente castigo para los revolucionarios. Un castigo demasiado exagerado en mi opinión, por eso decidí bajar a ayudar, sé que mi amigo perdió parte de su esencia pero si la hubiese conservado sin llegar a enloquecer es lo que él también habría hecho. A su manera cada uno tiene su forma de agradecerme, aunque yo me conformo con que cumplan las seis normas.

Las fiestas de las noches en el viejo almacén se han convertido casi en un ritual con el único objetivo de no provocar muertes. Algunas veces, contadas hasta ahora, se ha dado algún caso de la muerte de alguna chica, pero siempre hemos conseguido ocultarlo. A pesar de haberse levantado contra el poder por matar a Miguel, todos mantenemos nuestra admiración y respeto por la raza humana en mayor o menor medida, y con el tiempo te terminas acostumbrado a la forma de vida que llevamos en esta dimensión.

Los primeros años son duros, tener un cuerpo físico no es comparable con la libertad etérea que teníamos en nuestra dimensión en la que comer, respirar, dormir, eran actividades insignificantes, aquí todas ellas son necesarias para sobrevivir, y con el paso de los años aprender también se convierte en una actividad imprescindible. La curiosidad ya está impuesta en nuestra naturaleza y es la única razón por la que nos mantenemos cuerdos. El mundo terrestre observado desde nuestra dimensión es totalmente diferente desde la propia realidad. Todos habíamos olvidado lo que era estar cara a cara con un humano, guiarle, aconsejarle susurrándole en su oído ideas que después tomará como fruto de su pensamiento. Cuando nos vimos obligados a abandonarlo nuestra raza pasó a observar el mundo con recelo, pena e incluso ambigüedad, pero para aquellos que aún creemos en la raza humana la oportunidad de investigar y tratar de curar a otra raza inferior se convierte en la razón de nuestra existencia. Desde el plano de la dimensión terrestre en la que me vuelvo a encontrar por culpa del exilio es imposible ayudar a una raza tan ignorante como la humana que se cree superior al resto de animales con los que comparte un mundo sostenido por un delicado equilibrio. Pero incluso nuestra raza peca de esa ignorancia, ese sentimiento de superioridad ante el resto cuando quizá, más allá de donde alcanzan a ver nuestros ojos también haya otra especie muy superior a la nuestra.

Después de tantos años podría continuar divagando sobre las similitudes que todos, como especies, tenemos en común, compartimos, pero el tiempo ha pasado y Hugo ya se ha encargado de abrir las puertas, dejando paso a las primeras chicas del día, que inocentemente creen acudir a una gran fiesta, en la que sin duda no faltarán chicos guapos pero de la que solo conservarán un vago recuerdo y mucho cansancio. Cada uno de nosotros seleccionará a una de ellas y a lo largo de la noche se alimentará de su esencia, lo justo para que después ella sea capaz de volver a casa. Ella o él, en los últimos años también algunos de nosotros nos hemos adaptado a los tiempos y aunque el cuerpo de las mujeres suele ser más nutritivo por su mayor pureza, se pueden hacer excepciones mientras se cumplan las seis normas.

Inevitablemente mi presencia atrae demasiado a todas las presentes, por eso para evitar este contacto estoy sentado en la sombra de los sofás de la zona vip del local con un trío de mujeres a las que más tarde pagaré por el servicio de estar a mi lado. No me alimento de ellas porque realizan habitualmente este trabajo que les resulta extraño pero desean hacer. Incluso sin que les pagase aceptarían estar sentadas a mis pies, pero eso me dejaría un gran cargo de conciencia y ya tengo suficientes.

Por ser viernes, la cantidad de chicas que acuden se multiplica en comparación con el resto de la semana, eso también ayuda bastante, se puede seleccionar mejor e incluso doblar la alimentación. Suspiro y barro con la mirada el local para comprobar que todo va bien, la música ha comenzado, en la barra los camareros atienden sin parar y en la pista ya hay gente bailando. Asiéndolo mirando a Hugo para señalarle que es hora de cerrar la puerta. Por seguridad cuando el local está lleno lo más prudente es dejarnos a todos encerrados. Así en caso de que ocurra un accidente, podremos arreglarlo sin que nadie se escape. Sobrepasando el límite de extracción de esencia lo primero que sienten los humanos es una pérdida de consciencia de la que se pueden recuperar, y después, la muerte. Si se llegase al segundo caso, antes de que se difundiese el caos entre el resto de humanos, todos están informados de dejar a su pareja elegida en el primer estado, y con la información que sus carnets nos brindan, cada uno la devolverá a casa. Por eso es tan importante la selección y el filtro que Hugo realiza en la entrada como portero.

Un movimiento extraño en la pista de baile llama mi atención, una de las chicas va directamente hacia Hugo. Ya ha pasado en otras ocasiones y no resulta un inconveniente, pero los ojos verdes de la chica no parecen buscarle a él. Mi teoría se confirma cuando continuo observando el baile con el que la chica logra arrebatarle las llaves del candado del cinturón sin que Hugo se dé cuenta. Chasqueo la lengua con el paladar y la veo internarse de nuevo en la pista de baile, evitando cruzarse con todos los chicos. Mi compañero ha advertido la preocupación en mi rostro. Con la mirada, dirijo su vista hacia la chica que ya ha encontrado a la que debe ser su amiga. ¿Tratará de salir esquivando a Hugo? ¿Qué ha visto para que sus ojos se llenen de miedo? La curiosidad puede conmigo cuando Hugo la trae a la zona vip. Susurro al oído a una de mis acompañantes para que nos dejen a solas, de otra forma molestarían. La chica parece asustada pero el brillo de sus ojos indica su voluntad de sobrevivir. ¿Por qué llevará un collar de oro? ¿Quizá sepa algo sobre nosotros? ¿Cuánto sabe? ¿Quién es?



¿Cómo podía saber tanto de nosotros? Desde la última fiesta del viernes no he podido apartar de mi mente el recuerdo de los desafiantes ojos verdes de Sara. ¿Por qué les había dejado marchar? Hugo me lo recrimina día a día en silencio, cuando me trae el informe de lo que la chica hace normalmente, su rutina, su forma de vida, sus amigos... Hugo podía llegar a descubrir cualquier secreto, y en ocasiones me daba miedo que también lo hiciese conmigo, pero ahora lo importante es mantener la situación bajo control. Dentro de las cinco páginas que había reunido queda plasmada la personalidad de una mujer independiente, con carácter, pero en el fondo deseosa de llenar el vacío que ha dejado en su corazón la pérdida de su familia. No hacía falta que Hugo lo hubiese dejado por escrito para que ambos supiésemos lo que pasaba por la mente de aquella chica, no deja de ser una situación que ya hemos visto bastantes veces, pero aún así, dejé que se marchase. Al menos había logrado establecer un trato con ella, pero a pesar de todo es una

persona demasiado valiosa para que termine muerta. Quizá sea la primera capaz de evitar el influjo que nuestra presencia produce a los humanos y por qué es así. Hugo no ha logrado sacar nada en claro de su abuela y yo mismo no soy capaz de imaginar la forma en que algo ha mutado en su interior para permitirle ver nuestra esencia. Todas las noches termino frustrado frente al escritorio tratando de resolver el enigma sin éxito.

El deseo de estudiar su alma, su cuerpo, crece día tras día, por primera vez en años, quizá siglos, siento curiosidad por un humano. Una humana que ha aceptado hacer un trato, que nos conoce como ningún otro antes, al menos que yo sepa. Sé que puedo confiar en su silencio, lo ha demostrado en estas semanas en las que ha continuado con su vida como si nada hubiese cambiado. Sin embargo, algo he de hacer, debo encontrar una solución para saciar mi sed.

Saciar esa es la palabra clave, toda mi curiosidad no viene solo del deseo de estudio, también hace meses que no me alimento. Normalmente tardo más en llegar al límite, pero ya no puedo usar más el último recipiente que empleé para alimentarme. Jugueteando con la cadena de plata entre mis dedos, repaso las notas una vez más antes de apagar la luz y sumergirme entre las sábanas. Los humanos tienen sueños cuando cierran los ojos y se recrean durmiendo hasta altas horas de la mañana. Nosotros no tenemos sueños, dormir supone un gran esfuerzo, calmar la esencia que trata de escapar del cuerpo y después desconectar nos puede llevar horas. Solo descansamos porque el cuerpo lo necesita, si el alma pudiese salir volando cuando lo hacemos, escapar por unas horas, el castigo sería más llevadero.

– ¿Puedo hablar contigo? - pregunta Hugo desde la puerta entornada. Él es uno de esos que decide voluntariamente no dormir, con todo el desgaste que acarrea para el cuerpo humano.

– Claro, qué sucede. - le invito a pasar levantándome de la cama. Ya estamos acostumbrados a vernos en pijama así que camino hasta el sofá a oscuras. No es que podamos ver en la oscuridad, pero nuestra capacidad para almacenar infinidad de datos nos permite memorizar los espacios.

– Es sobre Sara, se está relajando, y yo también. Ayer estuvo a punto de verme al salir del trabajo. ¿Vamos a hacer algo con ella? - después de un momento de reflexión, respondo.

– Si, pero llevará un tiempo, al menos un par de días, quiero explicárselo en persona. - Hugo asiente y se levanta del sofá, su curiosidad ha quedado saciada, al menos de momento, pero sé que mientras camina hacia su habitación se pregunta por qué de entre todas las chicas a ella se lo voy a explicar.

Es una pregunta que ni siquiera yo sabría responder. Sin embargo, siento que debería hacerlo, quizá no se puede confiar tanto en ella, quizá sí. La próxima noche lo comprobaré, y si me defrauda no nos quedará más remedio que actuar.



Ninguno de nosotros sentimos una especial atracción por la comida humana, pero no nos queda más remedio que comerla para mantenernos en forma. Hugo es quizá quien más se ha acostumbrado de los dos, por eso devora la hamburguesa sin prestar atención a todo lo que sucede alrededor de nuestra mesa en el bar.

Desde que nos trajo la orden, Sara no ha vuelto a mirar hacia nosotros, y su expresión también cambio completamente al vernos allí. Además no está centrada, va de un lado a otro olvidándose las órdenes o llevándolas a un destino equivocado. Es divertido contemplar su minifalda girar de

un lado a otro con cada giro que hace su cuerpo. Si no llevase el pelo recogido sería mucho más bonito verlo ondear en el aire junto a la falda. Absorto en mis pensamientos, que sin darme cuenta se han centrado en ella, Hugo me propina un codazo sin ningún tipo de delicadeza.

– Quedan diez minutos para que cierren, hay que pagar e irse.

– Espera. - le detengo con la mano. Es cierto, ya no queda demasiada gente en el bar, pero todos parecen pedir a Sara que haga algo bajo el nombre de sus ojos. Atónito, veo como saca una guitarra de la barra y empieza a cantar a la vez que toca ¿por qué Hugo nunca me había hablado de esta especie de ritual? Lucho contra su hipnotizante voz y saco un par de billetes de la cartera. - Nos vamos.

Cuando la puerta de la calle se cierra el sonido se detiene, y siguiendo el mismo pulso tranquilo de la canción, caminamos hasta el coche donde saco de la guantera un juego de colgantes y le indico a Hugo que me espere dentro.



Todavía no he podido despedirme de Sara, después de cerrar el trato ni siquiera he tenido tiempo de darle dos besos en sus sonrojadas mejillas, pero quizá sea lo mejor, que Hugo haya aparecido, así ella no notará tan rápido los efectos del colgante.

Corro para encontrarme con Hugo, no deja de ser extraño que haya desobedecido una de mis órdenes.

– Nos han llamado, un chico en una ciudad a un par de kilómetros de aquí, ha tenido un accidente.

- me informa metiéndose en el coche listo para conducir.

– ¿Qué tipo de accidente? - me pongo el cinturón a la vez que cierro la puerta.

– No ha sabido explicarlo, estaba muy alterado, ni siquiera me ha dicho su nombre. - el coche empieza a coger velocidad por la calle principal que nos conduce hacia la salida de la ciudad.

– Eso no es bueno.

No me pregunta por el trato ni por Sara, aunque es notable que mi estado haya mejorado en tan solo cinco minutos. Hugo siempre ha sido un hombre de pocas palabras. Acaricio el colgante con la mano. Ahora Sara lo empezará a notar, una pobre chica que ya tiene una vida difícil se ha visto envuelta en el peor mundo posible. Compadezco su mala suerte, pero no me puedo mostrar blando, un trato es un trato y si lo incumpliese perdería la autoridad frente a los míos.

No me gusta salir fuera de la ciudad, lo hacemos bastante a menudo pero siempre opino que cuando la dejamos sola, hay más posibilidades de que algo malo suceda. Esquivamos los coches a izquierda y derecha con el objetivo de que la salida dure lo menos posible. Si ha ocurrido un accidente, el tipo de accidente que cruza mi mente, cuanto antes lleguemos mejor. Hace solo un par de siglos eran mucho más frecuentes, ahora debo dar las gracias de que solo sucedan de vez en cuando.

La dirección se corresponde con un bloque de pisos abandonado, en proceso de demolición. Aún conserva las ventanas y puertas en perfecto estado y a su alrededor el resto de edificios permanecen unos metros alejados. Por las indicaciones de las vallas alertando sobre el posible derrumbamiento, el tránsito de personas es nulo y las sombras ocultan el coche que dejamos al otro lado de la acera. En la puerta de entrada un hombre de complexión fuerte, con el pelo rubio y los ojos marrones nos espera con los brazos cruzados. Pero no es su físico lo que llama mi atención

sino las alas negras y brillantes que se retuercen en su espalda. Durante todo el camino hasta la habitación en la que el accidente ha sucedido no dejan de moverse, luchando por extenderse. El chico no nos da su nombre ni tampoco explicaciones. Cabizbajo, aunque su esencia no demuestre pena, nos muestra el cuerpo de una adolescente. Esta es la parte que más odio.

Antes de entrar observo la reacción casi imperceptible de Hugo para hacerme una idea de lo que voy a ver. Cojo aire y dirijo la mirada hacia el suelo. La chica está desnuda, posiblemente sea menor de edad, eso complica las cosas, tendrá una familia que la buscará. Apparentemente no muestra signos de violencia en el cuerpo, no hay moratones ni marcas, pero la postura en que sus extremidades están colocadas es totalmente imposible. Debe tener al menos los brazos y las piernas rotas, quizá esa sea la razón por la que no se resistió, pero el autor del crimen se niega a hablar. No puedo obligar a nadie a contarme lo que ha hecho así que me inclino sobre la cabeza de la chica y de reojo miro al chico. Sin identidad ni ropa no hay mucho que podamos hacer, aunque dada la situación, que el cadáver sea encontrado en el mismo lugar no nos viene mal. Me gustaría poder vestirle, pero no tenemos tiempo que perder ni para buscar su ropa.

Salgo de la habitación dejando a Hugo a solas con la chica, ya sabe lo que tiene que hacer. Borrar cualquier huella que pueda haber en el cuerpo, dejar que las pistas lleven a un punto muerto y encargarse de que la policía encuentre el cadáver. Una desaparición abriría una investigación que podría dar problemas a nuestro compañero y al resto de nosotros. Inspiro al salir de nuevo a la calle, pero en lugar de respirar el frescor de la noche, el humo del tabaco entra a mis pulmones. El chico está fumando tranquilamente con una mirada de satisfacción clavada en el cielo. No puedo averiguar si se debe a que le acabamos de salvar o si se siente orgulloso de su hazaña. Hace años que decidí dejar de cuestionar los actos de mis compañeros, mientras las seis reglas sigan funcionando no importa, no puedo hacer nada más.

Cuando llega el momento de partir hacia casa ya ha amanecido y la ciudad vuelve a tomar el ritmo del trabajo. Los coches van conducidos por hombres y mujeres trajeados, o que llevan a sus hijos en la parte de atrás hacia el colegio. Si no era suficiente con tener que encargarnos de Sara, ahora también tendremos que seguir la evolución de la investigación del asesinato que dejamos atrás. Al pensar en Sara me imagino su cuerpo tendido en el suelo como el de la chica y un escalofrío recorre mi cuerpo. Agarro el colgante como un acto reflejo, este es el mundo al que la he arrastrado y del que espero que nunca tenga que formar parte.



El día había ido demasiado bien para terminar de la misma forma. Al mediodía el policía encargado del caso de asesinato de una adolescente en un edificio abandonado había cerrado el caso por falta de pruebas, y el chico no había vuelto a contactar con nosotros. Había aprendido la lección, o eso quería pensar. Pero este seguimiento nos hizo descuidar a Sara, durante una semana no sabía lo que había sido de ella hasta que empecé a notar un traspase de esencia sin mi consentimiento. El colgante estaba actuando por su propia voluntad, pero la casa y lugares que Sara frecuenta no están cerca del local de fiesta. No creí necesario contarle cómo funcionaban los colgantes porque cada uno nos movemos en un lado de la ciudad y no contaba con que se fuese a presentar de nuevo en la fiesta.

Alzo la mano para llamar la atención de Hugo, los minutos que lleva sucediendo pueden ser cruciales para salvar su vida.

– ¿Ha entrado Sara? - pregunto preocupado.

– ¿Sara? ¡Cómo la voy a dejar pasar! - grita enfadado para que se oiga por encima de la música.

Es cierto, Hugo lo sabe y yo he puesto en juicio su gran capacidad para recordar las caras de la gente que nos permite cerrar las puertas a chicas que ya hayan venido el día anterior. Pero el traspase de esencia no se detiene.

– Búscala, por fuera, tiene que estar cerca.

Desconcertado me mira ponerme en pie y caminar por las paredes del edificio. Si consigo volver a controlar el colgante significará que volvemos a estar lo suficientemente lejos. Aún no sé si Hugo ha sido capaz de encontrarla cuando dejo de sentir el flujo de energía entrando en mi esencia. Suspiro aliviado, quizá solo se haya acercado demasiado.

Sin embargo mi corazón se vuelve a acelerar cuando veo entrar a Hugo por la salida de emergencia oculta tras la barra de bebidas con Sara en brazos, desmayada. Le ha quitado el colgante y parece estar exhausta. Nunca antes en el poco tiempo que he podido verla he visto tantas ojeras en su cara ni su piel tan blanca. La noche ya no puede cancelarse, pero no se puede quedar aquí. Sin pensar en que estoy actuando frente a todos mis compañeros le pido a Hugo que coloque a Sara en mi espalda, debo llevarla a casa.

Dentro del coche pongo la calefacción y coloco mi abrigo sobre ella. No hace demasiado frío, pero a juzgar por toda la ropa que lleva puesta, ella lo ha pasado. Eso solo puede significar una cosa, lleva más de una noche sin energías. Y esa teoría queda confirmada cuando llego a su habitación y leo las últimas páginas de su diario. Nunca me ha gustado meterme en la vida de los demás, pero esta chica ahora es parte de mi vida y debo saber todo lo que sucede a su alrededor y como se siente. Hace semanas que Hugo consiguió una copia de la llave seduciendo a la portera del edificio, y por sus detallados informes su padre ni siquiera se percatará de mi presencia si no le despierto al sentarme a su lado en el sofá para continuar leyendo desde el principio el diario de la bella durmiente que he dejado metida en la cama.



¿Cómo podría siquiera imaginar que las cosas se complicarían tanto? Ya casi no puedo estar en casa, Sara ha decidido mudarse con nosotros. Una decisión que entiendo y respeto desde que pude comprender mejor su forma de pensar al leer todo lo que ha vivido. Además no ha dado problemas en la mudanza y se ha encargado de todo ella sola, pero eso me obliga a estar lejos de Hugo por primera vez, aunque Hugo prefiere quedarse conmigo en el coche haciéndome compañía que subir a casa. Por primera vez en siglos tenemos a alguien que nos prepara la comida y a los dos se nos hace raro y nos cuesta acostumbrarnos, por eso decidí regalarle un coche que espero empiece a usar a menudo ahora que ha sido su cumpleaños y Hugo le ha dado la sorpresa.

Y por si fuera poco, de nuevo ha saltado la alarma con el chico que Hugo ha descubierto se llama Saúl, o así es como le conocen las chicas que ha ido seduciendo y no han terminado muertas. Todas las sospechas que trataba de evadir se han confirmado después de una concienzuda investigación que los dos hemos llevado a cabo. Ha habido más víctimas, desde hace tiempo, sin seguir un patrón determinado, haciendo imposible para la policía entrelazar un caso con otro y para nosotros también hasta ahora. Sin embargo, ¿por qué ahora? ¿Por qué ha decidido llamarnos? Lleva años actuando, matando, y ahora ha decidido ponerse en contacto con nosotros ¿con qué fin? ¿Para qué? Solo puedo encontrar una respuesta a esa pregunta, quiere deshacerse

de la ley. No es el primero en intentarlo, pero sí el primero en matar a tantas personas para lograrlo y eso me cabrea muchísimo.

El único momento en que logro relajarme se reduce al entrar a mi habitación, a oscuras y con el colgante en la mano para no matar a Sara que duerme tranquilamente en la cama. No quiero hacer ruido para no despertarla, pero tengo investigaciones guardadas y la mitad del armario sigue guardando mi ropa. Así que en mi entrada forzosa al cuarto que ahora es suyo me detengo a observar su cuerpo oscilar con cada respiración. Ha terminado en el mundo del que intentaba alejarla, lo ha dejado todo por estar aquí, lo ha aceptado, y dentro de poco considerará este como su mundo, y no puedo consentirlo. Nuestro mundo es solo nuestro, no debe pertenecer a nadie más.

Aprieto con fuerza el acelerador, es la primera vez que tenemos una pista fiable a tiempo real de Saúl. Una llamada anónima ha dado el aviso a la policía de unos extraños golpes en la habitación de al lado a la que había entrado antes un hombre que coincide con la descripción de la escoria a la que debo llamar compañero. El GPS no tiene tiempo de indicarme los giros para llegar a nuestro destino. Más tarde podemos pagar las multas, lo importante es salvar una vida. Hugo es el primero en salir del coche. Los dos con traje saliendo de un coche negro y con las placas perfectamente falsificadas en el cinturón podemos pasar perfectamente ante los ojos del resto como policías.

La puerta del piso está cerrada, pero Hugo la tira de un empujón. Rápidamente revisamos la cocina, el baño, el salón y terminamos en el cuarto, pero el silencio ya había predicho nuestra derrota. Sobre la cama una mujer de unos treinta años, con el cuerpo colocado en una postura parecía a la que contemplamos la última vez, conserva la mueca de dolor que hace escasos minutos todavía debía de sentir. Asomándose por la ventana que ilumina la escena Hugo vuelve a salir del cuarto, quizá haya visto a Saúl. Pero yo soy incapaz de moverme ante la atrocidad cometida sobre la tripa de la chica, cortada con algún objeto afilado con un mensaje escrito claramente para mí. Borrar las huellas ya no tendría sentido, además posiblemente ya lo haya hecho él. Intento mantener la calma pero es demasiado tarde, extendiendo las alas de rabia, ¿cómo uno de nosotros es capaz de hacer esto? Destrozar el cuerpo y torturar el alma de los seres que siempre hemos guiado y respetado.

– Se ha marchado. - me informa Hugo exhausto desde la puerta. - Tenemos que irnos, la policía estará aquí pronto.

Tiene razón, pero no puedo dársela. Bajo las escaleras corriendo hacia el coche, pero Hugo es más rápido que yo y se coloca en el asiento del conductor.

– Yo conduciré. - aunque no hace comentarios al respecto mis alas son claramente visibles para él y sabe que pocas veces están en ese estado. Le agradezco que trate de calmarme pero el viaje a casa se hace demasiado largo y la parada para echar gasolina solo lo retrasará más. Necesito mi ordenador, las pruebas, la investigación de Hugo, todo, quiero matarle, necesito detenerle para poder calmar mi esencia.

En la gasolinera los coches en fila esperan para poder ser atendidos. Al principio de la cola un encargado rellena el depósito de un coche negro, pequeño. Desde el asiento del copiloto puedo ver que su interior está vacío. Intento relajarme centrando mi atención en los detalles. Del espejo retrovisor interior cuelgan unos dados verdes, los asientos están tapizados en azul oscuro, la matrícula... me detengo a repasar los números de la matrícula por segunda vez. Y una tercera, tengo que estar seguro, pero la adrenalina circulando por mi cuerpo ya tiene la respuesta.

– Voy al baño. - No le doy tiempo a Hugo para quejarse o despedirse.

Puedo sentir como las alas se tensan a mi espalda por la excitación. Dentro de la tienda de la gasolinera el encargado está pagando la cuenta a una mujer, no busco a ninguno de los dos. Un segundo después he localizado el símbolo del baño. Camino con decisión, no puede escapar, ahora es mío y de la justicia que en este mundo, puedo tomarme por mi propia mano.

Aprieto los puños al comprobar que la puerta está cerrada por dentro. Hugo tiene mejor cuerpo para echar una puerta abajo. Absorbiendo energía del colgante empujo mi hombro contra la puerta y por un segundo mi mente se detiene en Sara ¿qué pensaría si me viese hacer esto? ¿En qué me he convertido?

El instante me cuesta demasiado caro. Saúl me estaba esperando, armado con una daga de oro. Solo soy capaz de reaccionar al brillo lo suficiente para evitar daños en los órganos vitales de mi cuerpo, y caigo rendido al suelo de baño. La sangre desliza rápidamente por mi camiseta hasta los pantalones y crea un charco en el suelo. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Si no me hubiese dejado llevar... Un hilo de sangre se escapa por mi boca... No tengo fuerzas para encontrar con la mano el arma que me ha hundido hasta el estómago... Ni siquiera he podido ver hacia donde huía porque no soy capaz de enfocar mis ojos... Solo me queda esperar que Hugo me encuentre... Al menos ya no tiene arma con la que atacarle, o eso quiero pensar antes de desmayarme.



Durante el milenio que llevo sobre la superficie terrestre nunca antes había sentido lo que siento ahora mismo. Mi cuerpo siempre ha anhelado el contacto con otro cuerpo, pero mi mente, mi esencia unida a una dimensión desde la que los sentimientos puros se reparten por el espacio, había dejado de buscar ese sentimiento entre tanta depravación. Y ahora cayendo en la comparación poética más extendida, un rayo de luz ha ido cogiendo fuerza dentro de tanta oscuridad. Incluso este sentimiento llega hasta el interior de mis alas, otorgando a las plumas matices dorados que nunca antes había advertido en ellas. No puedo huir de este mundo, de esta dimensión, y ahora he encontrado la razón para dejar de intentarlo.

Pero es una razón egoísta, que me obligaría a desobedecer las normas que yo mismo impuse, que sumiría en el caos la sociedad que tantos siglos me ha llevado establecer. ¿Podrían el resto comprender lo que siento? ¿Puede ser que alguno ya lo haya sentido y mis normas lo hayan obligado a alejarse? Solo imaginar el esfuerzo que habría tenido que hacer me lastima. Siempre creí que estaba haciendo lo correcto, y aún así parece no serlo del todo. Y mis preguntas no acaban allí ¿quién es el abuelo de Sara? ¿Cómo podía conocer la existencia del brebaje si ni siquiera en la otra dimensión se dio a conocer?

Esa última respuesta no podía ser correcta, había pasado demasiado tiempo desde que Miguel murió como para que la abuela de Sara se hubiese enamorado del único ángel con los conocimientos necesarios para crear el brebaje. En la otra dimensión yo había sido el primero en descubrir los efectos que el líquido producía en los humanos, en un intento por curar sus impurezas. Pero la fórmula no estaba completa y pronto la desechamos, ahora ya ni siquiera puedo recordarla. Un experimento de los muchos que realicé junto a Miguel y desaparecieron con su muerte.

A espaldas de Hugo había comenzado a investigar el pasado de la familia de Sara, remontándome hasta su abuela, para intentar apartar de mi mente todos los sentimientos irracionales que sentía

hacia ella. Toda su genealogía estaba plagada de encuentros con alguno de los nuestros, pero el que debía ser su abuelo se había encargado de borrar su rastro a la perfección, ni fotos, ni nombre, ni cartas. Era un fantasma que reavivaba en mi mente la idea de que Miguel fue castigado con una vida mortal y las autoridades mintieron al respecto de su muerte. Pero, ¿por qué mentirían? ¿Por qué consintieron entonces que se continuase castigando? La respuesta estaba en los últimos castigados. Nuestra dimensión llegaba a su fin, la pureza se estaba agotando también allí. Puede ser que Miguel se ofreciese voluntario para probar la vida en esta dimensión y comprobar que para nosotros era posible volver al mundo que una vez abandonamos. No era la forma de retorno deseada, de eso estaba seguro, pero al menos nuestra existencia continuaría.

Todas las ideas que mi mente iba desarrollando no podían superar el concepto de hipótesis porque no tenía modo de comprobarlo. Sin embargo, si de verdad nuestra dimensión iba a desaparecer lo justo habría sido morir con ella, porque el destino así lo quería. Pero en lugar de morir huimos como hacen los humanos, por el temor a la muerte buscamos una solución que posiblemente terminará con su raza, olvidando la pureza que siempre guió nuestras existencias que creíamos puras. Además, si realmente todo debe terminar, los altos cargos no se quedarán allí para verlo, solo quedará un mensajero que progresivamente irá “castigando” a todos los que están allí, por lo que ellos estarán aquí. Y si realmente están aquí ¿cuánto tiempo llevan entre nosotros? ¿Sabrán de mis actividades? ¿Habrá alguno de ellos en mi sociedad? La llegada progresiva ayuda a que el impacto sobre la dimensión no sea muy grande, pero cuando se complete, el mundo colapsará. Y el comienzo de todas estas ideas no tiene otro nombre que Sara, Sara y su historia, su pasado, su familia. Si Hugo hubiese escuchado esta teoría de mis labios hace un año me habría tomado por loco pero ahora sé que me escuchará, que me ayudará a buscar a Miguel, porque debe seguir vivo, y si al final resulta que estaba equivocado y no es el fin lo que llegará, al menos podremos descartarlo con seguridad y asumiré mi equivocación.

Pero aunque esa búsqueda podamos realizarla sin mudarnos, Hugo la tomará como una excusa para estar con Sara, para que podamos estar juntos, para encontrar una razón a nuestra existencia y nuestra presencia en este mundo. Porque si de verdad los altos cargos están entre nosotros las seis reglas podrán pasar a formar parte del pasado y Miguel entenderá la necesidad que tengo de permanecer junto a ella y me defenderá, como siempre ha hecho. Luchará por el amor que siente hacia todos los humanos, me ayudará si logro encontrarle, si todo es verdad. Nunca me había aferrado tanto a una idea sin fundamento pero es una esperanza en la que necesito creer, aunque no pueda estar junto a Sara, quiero que viva en el mejor mundo posible lejos de sus pesadillas.

Una vez creado el vínculo con el colgante no se puede deshacer, por eso cada juego de colgantes es único, y solo cambia de poseedor entre los humanos cuando muere. Aunque todos parezcan iguales cada par de alas tiene unas sutiles diferencias que lo distinguen del resto. Gracias a ello puedo asegurar que el colgante que una vez perteneció a la abuela de Sara desapareció con su muerte y de entre todos los que quedan en circulación, elegí el más parecido para nosotros. Y ahora esa decisión me persigue cada noche porque es la que nos impide estar juntos, pero revocarla provocaría mi muerte a largo plazo.

Desearía poder ser más fuerte, ser capaz de alimentarme como lo hacen el resto, olvidarme del amor que siento por los humanos durante un rato y saciar mi apetito. Pero ni siquiera el amor que siento por Sara puede darme el impulso necesario para hacerlo. Desde que estoy en este mundo me he odiado a mi mismo por no poder ayudar a los míos y a los humanos, pero ahora me odio por no poder ayudarme. Después de todo lo que ha pasado la que realmente ha sido fuerte es Sara, la que no debería sufrir tendría que ser ella, pero tome la decisión que tome, lo hará.

¿Cuánto dolor puede soportar un corazón? Mientras continúe latiendo se podrá curar, pero si se detiene ya no habrá dolor ni amor.

